ESTACIÓN POESÍA

Eduardo Gregori [3] **Marie-Christine del Castillo** [6] **Tirso Priscilo Vallecillos** [7] **Javier Almuzara** [10] **Claudio Rodríguez Fer** [11] **Pablo Anadón** [12] **Rosa M.ª Marcillas Piquer** [13] **Carlos Alcorta** [14] **Lutgardo García Díaz** [16] **Daniel Cotta** [17] **Juan Carlos de Lara** [18] **Melián de Órzola** [19] **Azahara Palomeque** [20] **Marta Mar** [22] **Carmen Ramos** [25] **Diego Medina Poveda** [26] **Juan Vicente Piqueras** [27] **José Manuel Benítez Ariza** [29] **José Luis Torrego** [31] **Manuel Jurado** [32] **Carmen Salas del Río** [36] **Concha Fernández** [37] **Antonio Serrano Cueto** [39] **Emily Roberts** [41] **Gabriel Insausti** [42] **George Campbell Hay** [54] **Antonio Rivero Taravillo** [55] **José María Jurado García-Posada** [56] **Mari Paz Fernández Montañez** [58] **Antonio García de Dionisio** [60] **Daniel García Florindo** [61] **Paulo Caffo** [63] **Manuela Águeda García Garrido** [65] **Pablo Carriedo Castro** [67] **Daniel García Florindo** [69] **José María Jurado** [70]

Eduardo Gregori

ÚLTIMA ORFANDAD

Hablan de nuestros muertos, nuestras cosas.
Mi ropa, mi corbata, mis zapatos
dan fe de nuestra vida en nuestra muerte,
constituyen un rastro –acaso el único–
de todo lo que fuimos y seremos.
Nosotros ya no estamos, pero nuestros objetos
testifican el peso de una vida.
Dicen:
nació en este lugar y en esta fecha.
Dicen:
gustaba usar corbatas y trajes anticuados.
Autómatas sin cuerda, los muertos se parecen
a otros muertos. Idéntica mirada
hacia el vacío.
Morir es convertirse en un lugar
donde las plañideras agotan sus quebrantos.
Ser el sitio que canta nuestro ya no ser más.

Escribimos
para que no se mueran nuestros muertos,
para que conste en acta su presencia en la tierra,
para que no se olviden,
para que ellos tampoco nos olviden.
Escribir es rayar la corteza del mundo,
como en tantas pintadas en los árboles,
como en esos grafitis debajo de los puentes:
“Miguel estuvo aquí”.

Miguel alzó los brazos como un náufrago
para decir que sí, que estuvo aquí
y que hemos de saberlo, que es absolutamente
crucial que lo sepamos
porque él estuvo aquí
escribiendo su nombre
y se llamaba Miguel.

Mi padre ha muerto: ¿Qué hago ahora yo con las palabras?
Sé que no va a volver. Y, sin embargo, escribo.
Los restos del naufragio:
su ropa, sus papeles, los álbumes de fotos
donde sonríe aún, donde mi hermana y yo
somos niños de nuevo
y no estamos ahora husmeando cajones,
abriendo los armarios, levantando
el polvo del olvido en cada cosa.
También morirse es eso:
estar expuesto al público en todos tus objetos,
la huella de tu vida en cada anotación
al margen de los libros, el molde de tu cuerpo
en tu colchón, tu olor
que vamos aireando al abrir las ventanas
para limpiar a fondo, para tirar las sobras,
los platos, los cubiertos
y hacer un montoncito con las cosas que aún
no hay que tirar;
la ropa menos vieja, los cuadros, los adornos,
los discos de vinilo, los libros y las fotografías.
Tantas fotografías; en sepia, en blanco y negro,
en color, desvaídas por el paso del tiempo,
con las esquinas crespas de tanto sobeteo
de tantísimas manos o solo de dos manos,
las mismas siempre,
las suyas,
las de él.

¡Qué bárbaro, Isabel! ¡La cantidad de cosas
que guardaba este hombre!
Y tú me dices sí, me dices que no sabes
cómo organizaremos el desorden
y pienso que también morirse es eso;
que le encuentren un orden al caos que es toda vida.
¡Qué poco conocimos a papá!
¡Qué poco que, en el fondo, nos conocemos todos!
También morirse es eso: desconocerse.
Saber que ya no habrá oportunidad,
que todos los silencios caerán sobre nosotros
como piadosas manos
que nos cerraran los ojos y las bocas.
Tantas fotografías
que solo eran sentido en su memoria,
que nada significan para nadie.

Escribir es otra forma más de estar vivo,
otra forma más de darle sentido a este devaneo.
Habitar las palabras.
Un decir que acompaña, un decir que da lumbre.
Tal vez sea eso todo a lo que podamos aspirar.
Es extraño estar vivo.
Es extraño abocarse a esta última orfandad
de la memoria para darle palabras al silencio.

He perdido su cuerpo,
su estar vivo a mi lado,
su haber estado vivo junto a mí,
la materialidad de su presencia.
Esto he perdido y esto he de cantar
con solo este puñado de palabras,
estas ropas vacías y estas fotos.
Esto habré de cantar; esto he perdido.

Marie-Christine del Castillo

EXILIO

Un día, sales a la calle,
por el pan y la prensa,
y de un coche parado en un semáforo
se escapa una canción
que te cantaban de pequeña
en otra lengua, en otro continente,
y el coche arranca y deja
tu corazón al descubierto
y tu memoria en vilo.
Y ya desaparece esa caja de música
que a ti, desconocida, te entregó sin saberlo,
una constelación
de risas y ternura, paisajes, luz, olores,
y la tersa armonía de verdes y de azules:
el mar de los veranos.

Y te pones a cantar en la calle
sin mirar a la gente
esa misma canción,
que en ti seguía, aunque lo ignoraras,
¿por qué lloras y ríes a la vez?

Nunca más el olvido.
Que vaya recobrando vida
la playa de mi infancia.

Tirso Priscilo Vallecillos

HORNEO PAN EN MIS PULMONES

Este poema no está dedicado a Pepe Rodríguez Barrera:
este poema es de Pepe Rodríguez Barrera

Soy el último hombre de la tierra,
me dirijo al Valle de la Luna.
El chófer, que tengo al lado,
comenta que fue Neil Armstrong, el astronauta,
de visita en Bolivia allá por el 69,
quien puso nombre a este singular paraje;
Pero yo, lo que apunto en mi libreta es:
Nunca escribas sobre un hecho recién acaecido;
soy el último hombre de la tierra,
me dirijo al Valle de la Luna.

Mientras me alejo de La Paz
con el trazo de un lápiz abro el silencio:
tiembla como un motor revolucionado.
Mis ojos se cierran para evitar desbordarse:
con el trazo de un lápiz entrelazo pestañas
con las que levanto una presa.
La muerte es una catástrofe natural, escribo;
difícil de cuantificar pérdidas y daños colaterales:
con el trazo de un lápiz la arquitectura de los días
refuerzo y con mis dientes mastico tu recuerdo, amigo,
como si fuesen hojas de coca,
que aturden y animan al mismo tiempo.

En el Valle de la Luna mis pensamientos
se levantan como estalagmitas de arcilla,
desde un montículo se hace sonar una Quena…
Mi voz se ha roto en mariposas exhaustas;

bajan, como pueden, a beber de estas palabras...
Si guardo silencio, las escucho decir:
Nunca escribas sobre un hecho recién acaecido.

De todos es sabido que las personas que te quieren
te llevan a los lugares que visitan, pero hoy
eres tú el que irrumpe con la inmediatez de la muerte...
Caminas junto a mí en este desierto que es tu ausencia;
aunque Google me diga que estamos a 8.829 kilómetros,
aunque Google me diga que dieciséis horas
y treinta y cinco minutos de avión nos separan,
aunque Google diga lo que diga...
Con el trazo de un simple lápiz rompo yo
tiempo y espacio.

El chófer, que ahora camina conmigo,
me pregunta si mi amigo tiene hijos,
y yo escribo:
En un mundo ideal, un abuelo juega con sus nietos
los nietos se encaraman a sus brazos como pájaros
y juntos levantan una nervadura de ilusión y grito agudo.
Es curioso que los tres tienen rostro de niño,
de hecho, los distinguimos por el volumen de sus cuerpos:
niños-pájaro y niño-árbol.
En un mundo ideal siempre se mira con ojos de niño,
con su retina de tasador de la felicidad del mundo
solo él valora la sorpresa;
solo él persiste en la admiración:
entre el misterio claroscuro extrae la luz
con sus manos recién estrenadas.

El chófer comenta que el mundo está mal hecho
y yo escribo en mi libreta: En un mundo ideal
la masa del pan es una nube que sobrevuela el hambre.
El procedimiento para hacer pan es sencillo:
se mezclan agua, harina, sal y levadura

y se amasa de la misma manera que la amistad
entre las manos del tiempo.
Luego se deja fermentar…
Sí, la amistad se amasa en presencia
y fermenta en el recuerdo.
Las personas solo somos hornos.

De vuelta a la ciudad,
el chófer me pregunta por el trabajo de mi amigo,
y esto es lo que escribo yo en mi libreta:
El maestro atraviesa sus lentes con una sonrisa
nunca deja de enseñar las ganas de aprender,
el oficio de admirar, la paciencia para unir los puntos de los días
y dibujar un mundo ideal y perfecto.

Soy el último hombre de la tierra. La conciencia de tu muerte me ha dejado sin aliento. Con la cánula de un bolígrafo abro mi tráquea. Y, entonces, me llega ese olor a pan... Tu cara de niño... Porque tengo un pan en mis pulmones. Con tanta pena, con tanta bondad, con tanta admiración… Horneo pan en mis pulmones. Y el pan crece y crece y crece. Nunca escribas sobre un hecho recién acaecido. Horneo pan en mis pulmones. Las personas solo somos hornos. El mundo está mal hecho. La amistad se amasa como el pan. Con tanta ilusión y tantas ganas de vivir... Y ya no puedo respirar. Crece pan en mis pulmones, ya no queda espacio dentro.

Amigo, nunca fuiste mi maestro
pero siempre lo serás.

Javier Almuzara

FALSEDAD MONUMENTAL

Siempre me han inquietado las estatuas:
su estricto fingimiento, forma pura,
dureza desalmada y estatura
sin desarrollo ni paciencia. Fatuas

o absurdas, hacen burla de su causa
(y sin embargo las corroe, bromas
aparte, la opinión de las palomas).
Inertes, no son tiempo puesto en pausa,

sino la muerte en pie o, lo que es lo mismo,
convicción de que solo en apariencia
tiende la vida hacia lo intemporal.

Dejémonos de poses; espejismo
y todo, me pondría en evidencia
por verme ahora subido a un pedestal.

Claudio Rodríguez Fer

LEITEIRA AZUL

O rego das pedras do meu corazón
embalsa na verde lagoa da fonte
do teu peito con aneis circulares
que se encarnan e reencarnan río en ti
derramando leite azul sobre o meu lume
como unha leiteira pintada por Vermeer.

SOÑO IRIDISCENTE

Unha femia devorada
por dous tigres:
eu
e o seu desexo

*

LECHERA AZUL

El riego de las piedras de mi corazón
embalsa en la laguna verde de la fuente
de tu pecho con anillos circulares
que se encarnan y reencarnan en ti
vertiendo leche azul sobre mi lumbre
como una lechera pintada por Vermeer.

SUEÑO IRIDISCENTE

Una hembra devorada
por dos tigres:
yo
y su deseo

(Traducción del gallego al castellano por el autor)

Pablo Anadón

LA LLUVIA SOBRE EL PUEBLO EN LA LLANURA

De pronto, en la quietud, a medianoche,
De una calle de tierra en las afueras
Del pueblo, cae la lluvia sobre el techo
De zinc, y no parece que fuera agua,
Sino la noche que se precipita
Por el acantilado del espacio
Hacia la casa, en un fragor informe
Que llega desde lejos, de la altura
Y también desde el fondo de los años,
Desde la tierra donde están los restos
De los hombres, las bestias y los árboles
Que nacieron, crecieron y murieron
En la llanura donde está la casa
Con su pequeña luz entre las sombras:
Suena en la oscuridad la voz anónima
De la lluvia, su estrépito de ráfagas,
Y luego amaina poco a poco, como
El balbucear de un viejo o de una niña,
Que algo quiere decir, y no se entiende,
Algo indefenso, que ya nadie escucha.

[Fortín de los Ranchos, 2019]

Rosa M.ª Marcillas Piquer

UN FEROZ ENEMIGO

Miramos siempre atrás, hacia el recuerdo;

aunque la vida alienta hacia adelante
volvemos al pasado, nos persigue,
a los lugares donde
la piel se estremeció.

El polvo de las sendas nos confunde
y el gemido del tiempo nos impide

esa mirada amable sobre el mundo.

Es la memoria a veces
un feroz enemigo.

Quién pudiera olvidar las tempestades
que de lodo llenaron los arcenes
salpicando mis horas, su inocencia,
dejándome los días
tan a oscuras.

Mientras la vida alienta
hacia la claridad.

Carlos Alcorta

UN DIOS VENGATIVO

Si le ignoro, parece que no existe.
No es real, es solo
una sombra fugaz del pensamiento.

Las ramificaciones de los setos
sobre el viejo emparrado crean un horizonte
privado de imágenes cotidianas,
favorable para los espejismos.

Un abejorro ha entrado decidido
por la ventana entreabierta,
sin ninguna intención
aparente. Quizá le ha traicionado
su instinto y ha confundido el cielo encapotado
con las zonas ennegrecidas
del techo del salón.
Desorientado, golpea sus alas
membranosas contra el cristal buscando
la salida y contempla exasperado el sol
que en sus ojos incide oblicuamente.

No asume de buen grado el papel estelar
que los entomólogos asignaron
a su industriosa especie en el ciclo vital
y se rebela, en una tentativa
quijotesca, muy española,
contra su propia naturaleza.

Se agazapa ahora en algún rincón
ocioso de mi mente como un anglicismo
en el diccionario, al abrigo
de mi indulgencia momentánea,
ansiando pasar desapercibido.

El murmullo familiar de una corriente de aire
que enfría la habitación recalentada
sustenta sus constantes expectativas
de huida, porque, a pesar de su extravío,
no ha perdido del todo la esperanza
y lucha por encontrar el camino
de regreso.

¿Qué quiere de mí, que estoy adormilado
por el cansancio, pese a que aún quedan
algunas horas para que anochezca?
Forzado a tomar una decisión,
si me comporto como un ser humano
virtuoso que se deja engatusar
por su belleza astuta y abro del todo
la hoja de la ventana, dispuesto a interrumpir
el orden natural de los acontecimientos,
de nuevo polinizará las flores
del jardín, pero si procedo
como un dios vengativo pertrechado
con un aerosol formará enseguida
parte de mis recuerdos, solo como
un motivo intrascendente para escribir un poema.

Dice el filósofo que la paciencia
es la madre de la sabiduría,
así que fantaseo con que la situación
acabe arreglándose por sí sola,
porque, ¿cómo podré perdonarme a mí mismo
si me decanto
por una alternativa equivocada?
Lo ético no es hacer o no hacer,
sino decidir. Pienso en otra cosa.

Desaparece el mundo cuando cierro los ojos.

Lutgardo García Díaz

JARDÍN

A Miguel

Las hojas del laurel, con su misterio.
El júpiter, sensual, adolescente.
Un naranjo sin frutos, decadente,
donde el gato sestea como un serio

sacerdote. La parra y el poniente.
El cerezo que, en mayo, es un salterio
de dulzores rosados. Y el imperio
de la hiedra en su hégira ascendente.

El granado, el jazmín, los esponsales
de la flor y la luz en la cornisa
de un carmen de secretos verticales.

La noche, las estrellas, la sonrisa.
El viento en el que bailan los rosales
y Dios dentro del beso de la brisa.

Daniel Cotta

SAGRADO CORAZÓN DE LA SIERRA DE CÓRDOBA

Bien dice bendecir tu mano en alto,
Señor de tanta sierra y tanto cielo.
Bien dice amar tu corazón, que arde
de tanto estarte amaneciendo el sol.
Bien dicen tu pupilas, que cosechan
todas las Córdobas que ya han pasado
y las que pasarán bajo tus ojos.
A todas les palpitas,
a todas te las guardas
lloviendo, haciendo sol o haciendo olvido,
Señor de tanto cielo y tanta tierra.

Ha estado en mi balcón una paloma.
Llegó volando de no sé qué parques
a los que vino de no sé qué torres
a las que fue desde sí sé qué mano:
tu mano bendiciendo desde el monte
mis sienes abstraídas,
mi tristeza.
Ha estado en mi balcón una paloma.

Juan Carlos de Lara

EN NOMBRE DE OTRA VIDA

A menudo sucede que no voy por la vida
como debo de ir,
que me olvido las gafas, que me dejo
las llaves en la puerta,
que cruzo sin mirar bajo la lluvia
la calle equivocada con el paraguas roto
y que me pierdo, al fin, en cualquier parte
de tanto darle vueltas a mi mundo.

Con frecuencia me ocurre que confundo las horas
y me pongo a leer con la luz apagada,
que se me van los días recordando
–sin entrar en detalles– lo que quiero olvidar,
lo que después escribo en mi penumbra,
incorregiblemente,
sin atinar jamás con las palabras.

Y sin embargo a veces, aunque sea
por variar de costumbres,
levanto la cabeza, procuro que las sombras
no distraigan mis pasos.
Y sin pensar de más, en nombre de otra vida
y en contra del pasado que me lleva
hacia sus espejismos,
me asomo a lo que soy con la luz y las gafas,
porque, mirado así,
ya no parezco el mismo ni se ve tan inútil
esta existencia mía sepultada entre versos
que tal vez por error he acertado a vivir.

Melián de Órzola

PORQUE PERSEVERA LA SUCIEDAD Y EL POLVO MÁS QUE EL ARREPENTIMIENTO Y NUNCA SE ADVIERTE DEL INÚTIL EJERCICIO DEL BARRER NI SE ENSEÑA A CONTEMPLAR LA HERMOSURA DESTERRADA DE LOS SUELOS

A Bárbara Grande Gil

Errante de las baldosas,
terca lana de la esquina;
nube eterna que camina,
tenaz vecina en las cosas.
Merina de bajas losas.
Esquilada nube altiva;
importuna; fugitiva;
cenceña a falta de oficio.
Rastrera aladar del quicio,
surge del suelo nativa.

Azahara Palomeque

LA MUERTE DE LA ABEJA
(VISIONES DE UN PATIO DE PHILADELPHIA)

El mundo hecho un cometa que gira sobre sí mismo en la órbita de un patio. El microcosmos que habita allí, succionando la misma materia orgánica, más efímera o tangible que el resto de las criaturas; agua y aire con que despertar, fugaces o prosternados, en mitad de una luz apesadumbrada que nos encalla al encierro lo mismo que liberta la infinitud indescifrable de estar vivos; tierra para enterrar o lamer, según las funciones asignadas. Cabe en quince metros cuadrados una vida ajena pero vinculada a los avatares esféricos que condensan varias baldosas, una distribución vegetal de acuerdo al sol, móvil y nebuloso, la protección varía pero se da entre las especies más insospechadas y hasta una planta cercana a otra es capaz de evitarle el sufrimiento de plagas. Hay un milagro oculto que transpira y nos ofrece de mamar que no habría descubierto de no ser por el veto que atenaza y, entre todos los peligros –picaduras, por docenas, de mosquito tigre–, el vuelo, lisonja polinizadora: las abejas han avistado flores que yo apenas sabía que existían. Descienden con sus dulces zumbidos y extirpan a la cueva estival su néctar, saben que el alimento las nutre pero ellas también producen el alimento y no es sólo la melífera substancia sino vastos campos de cultivo, aunque aquí han venido a sorber la factura urbana de mis soledades; se detienen y al poco rebullen saciadas y ágiles de nuevo alígeras, se alejan, ¿a qué vieja alacena irán? No puedo más que desearles suerte en su trayectoria ordenada. Ello, y los hormigueros creados en las juntas de las losas horadan la superficie sobre la que mis suelas no dañan; ello, y los gorriones recién acostumbrados al refugio hábil entre los tubos que ventilan los baños y la cocina; ello, y el gato del vecino que escala un repliegue del muro hasta que logra posarse sobre el borde del bebedero para inundar sus bigotes con el producto estancado de la lluvia. La ardilla –una y varias se asemejan a ratas aderezadas con un abrigo de piel– esconde y desentierra el fruto en las profundidades raigales de mis potos. ¡Todo sucederá! –diría Bécquer, pero jamás podré olvidar al ejemplar alado que falleció agónico sobre la solería. Dio tumbos primero, intentó volar como antaño lo hacía pero el cielo se redujo a un palmo de

sus milimétricas patas, tanto que me debatí profundamente preocupada sobre si debía o no acelerar con la energía cinética del pie su destino inevitable; pero confié en una pronta recuperación y contemplé, quizá de manera inconscientemente sádica, el batir último –avanzó varios centímetros–, pensando en cuánto esfuerzo dedica no el hombre sino la naturaleza a subsistir a pesar de la barbarie y sin necesidad de consciencia, o precisamente por ello. Adelantaba su figura elíptica impulsándose por un viento tenue que soplaba a su favor como si rigiese un barco, capitana, y gozase de velas en lugar de alas; tal vez tendría la capacidad de picar o sintiese la llamada vibrátil del panal donde el resto del compañeras se afanaban disciplinariamente en su servicio a la reina, pero ella estaba sola y, al contrario que las demás residentes del hábitat comprimido en muros citadinos, falta de salvamento, enfangada hasta las sienes de agonía, guerreadora pero capitulante ante la mirada atenta de una dueña que no conocía. Murió varios segundos después, mi perplejidad cerrada con llave en una caja de música y, si no quise alterar la escena, no fue porque encontrase placer en no darle digna sepultura, sino para no desvirtuar los ciclos vitales que ocurren en ese patio que ahora es el mundo. Desecado su cadáver, reducido a lo mínimo que el ojo humano puede aprehender tras la ausencia de agua, un ejército de hormigas lo transportaba solemne hacia su búnker invernal, sólo a falta de coronas florales. Solícitas, marea sosegada hecha cortejo fúnebre, sin culpa frente al fin. Hoy rememoro su nombre, que es colectivo y débil como la sexta extinción que sobrellevo infértil; otras culturas embalsamaban a sus muertos, o los retrataban en mármol y distribuían cada busto por las localidades oportunas, o los fotografiaban y les erigían altares donde el pábilo terminaba consumido en su propia cera; yo agarro el cetro que gobierna este patio y prometo no olvidarme de ella, ni aunque me maten otros, como ya lo están haciendo.

Marta Mar

no hemos sido concebidas para arropar esta vida y edulcorarla
no vinieron los ruiseñores a llenarnos de cantos los oídos
y el mar no se partió en dos cuando lo atravesamos
estamos sobrecogidas
es en nuestra piel donde se libran las batallas
en nuestras fibras musculares
en nuestros órganos y en nuestros ojos vidriosos
nos vertemos en las calles
con la indiferencia con la que observamos todo lo que nos rodea
nuestra existencia es un pez fuera del agua al que dejar morir
estamos convencidas
de que somos el blanco de un destino cargado de balas
de que moriremos y dejaremos una estela sembrada de barro
pero ahora todavía podemos decir
podemos aullar mientras nuestros cuerpos se estremecen por las sacudidas
y es quizás esa nuestra única salida
un grito que se lleve todo por delante
que nos saque de toda la inutilidad a la que hemos convocado
y que nos alimente

por eso
somos un cadáver que nada a través de las algas
y estás aquí para ver cómo nos arrancamos el brazo
llenamos el escritorio de folios escritos
cavamos zanjas donde enterrar nuestros poemas
nos damos de hostias con nuestros peregrinajes
hoy es un día que cabe en un guante

y hemos salido de las tripas de una polilla
nuestros discursos políticos están vacíos
la niebla nos cubre los ojos
leemos a Leopoldo María Panero
y lloramos con su locura y sus excrementos
leemos a Alda Merini
y nos enamoramos de tanta agudeza para lo tierno
apoyamos lo torcido lo maltrecho desgastado

nuestro cuerpo tísico
lleno de versículos extraviados
y el rosario de mantras
soportado por nuestros delgados tendones
fósiles encontrados
en la cama de un psiquiátrico

hemos trascendido
volcado los pies sobre las brasas
todo crece aunque blindemos las puertas
arañado los tejados
con nuestras uñas mordidas hasta la sangre
abierto las puertas
que otros no nombrarían
y abrazado las suturas
hasta que se disolvieron los puntos

nada nos acerca
a la rueda en la que giran los hámsters

soportamos el exilio
con una trágica indiferencia
acontecemos solo
cuando nos sacuden los brazos
no hablamos demasiado
existir es eso
abrir puertas cerradas con los dientes

hasta la inflamación de las encías
calcinar la piel
hasta la llegada del bautismo

nuestras espaldas están torcidas
constriñen nuestros pulmones
nuestros dedos están torcidos
garras
salvándose de la mansedumbre
díscolas
ingobernables
de tanto andar
tanto andar fuera de las vías

Carmen Ramos

NUEVA YORK

Nueva York te rodeo de palabras
Adonis

Hemos rodeado Nueva York con un hilo invisible.
Una italiana se hacía selfies en Times Square,
el enésimo músico que cantaba desganado
The anwser, my friend, is blowin' in the wind,
una mujer con gafas de sol enormes pide un taxi.
¡Y Bukowski con ojos de loco en un escaparate!

Pero tú y yo
hemos amasado nuestra saliva
hasta arrancarle todas las palabras.

Mientras los muchachos de Lorca
cantaban,
mientras los muchachos de Hierro
patinaban,
mientras los muchachos de Adonis
morían,
hemos construido para nosotros una nueva ciudad:

Fortín
de Sintagmas,
Hogar
para los Diccionarios,
la hemos llamado.

Diego Medina Poveda

EXIJO VIDA

Comparto de esta herida lo superfluo,
no me dan los minutos mucha tregua
ni se presta el lenguaje a ras de suelo
a expresar el dolor de las entrañas.
Por eso pido tiempo, exijo vida,
algo de oxígeno en esta carrera
de metas ideales que no existen,
de sutiles deseos provocados.

Por eso escribo en catorce versos,
quizás pidiendo ayuda con los dedos,
lanzándome al abismo de otros ojos.
Porque no quedan sondas en las manos
para tocar el centro de la sangre.
¿No es un reloj lo que late en mi pecho?

Juan Vicente Piqueras

YO SIN MÍ

A veces me prohíbo hablar de mí.
Y me quedo callado.

Me obligo a escribir en segunda
o tercera persona. Me obligo
incluso a inventar la cuarta.

He cegado en mi casa los espejos
con pañuelos beduinos
comprados en el zoco de *Al Balad.*
Sólo he dejado uno descubierto
para poder afeitarme
y para no olvidarme de quién soy.

Yo, que todo lo olvido, temo y sueño
que me olvido de mí.

Estoy cansado de ser tan sólo yo,
de hablar conmigo a solas,
de decirme las cosas para no hacerme caso.

Quiero no hablar de mí.
Me lo suplico.
Pero el imperativo de primera persona
no existe.
No entiendo que no exista.

Para pedirme u ordenarme algo
tengo que hacerlo en segunda persona.

Tengo que convertirme en tú para decirme:
Elúdete a ti mismo. Sal de ti.
¡Déjate, yo, tranquilo de una vez!
¡Juanvi, déjame en paz!

Ammán, 4 de marzo de 2022

José Manuel Benítez Ariza

EL VIAJERO SE BAÑA EN LAS AGUAS DEL JERTE

No volverás a verlo como la tarde aquella.
Fernando Quiñones, "El Jerte por Plasencia en 1953".

A Álvaro Valverde

Aquí eres sólo un visitante.

Te has descalzado para caminar sobre el césped,
buscando, entre los apretados
grupos de adolescentes,
los enjambres de niños, los corros familiares,
un retazo de sombra. Las distancias
son más cortas aquí, más indiscretas,
e igualmente
los bañistas parecen más desnudos
bajo esta luz moteada que les mancha la piel.

Y has probado a bañarte:
huele a agua de río, a las briznas de hierba
que arrastra la corriente,
a la tierra mojada que se pega a los pies.
También, al barro primordial
del que quizá no es demasiado errado
decir que nos iguala a todos,
si no en fortuna o en destino,
sí en aprensiones, en instintos,
y en ese resquemor mutuo que hace las veces
de la distancia entre los cuerpos
en una playa abierta.

También –son pesimistas los pronósticos
para el otoño entrante–

en ese miedo a qué vendrá después,
en esos duros meses que se esperan.

Pero al salir te sientes renovado,
con esa clase de limpieza
de quien disfruta de un placer gratuito,
sencillo, incluso un tanto obvio:
la posibilidad de bañarse en un río que cruza una ciudad,
la envuelve y la acaricia,

como hace el Jerte aquí
con ellos y contigo.

José Luis Torrego

Te busco en los lugares en que estuvimos juntos
donde me besaste, tú a mí, y me jurabas
amor eterno de diecisiete años;
reías
con los cabellos mojados en la cara
y la lluvia resbalando por tus labios.
Donde me enseñaste
la tienda de ropa en que comprabas siempre, el bar
en que hacían tus mojitos favoritos, la plaza
donde perdiste el carnet al pagar no sé qué cosa, el piso
donde te enteraste que te habían aceptado, la calle
donde paseabas recién llegada a esta ciudad, y la terraza
donde tomabas café en los descansos de tu máster.

Te busco en los lugares donde estuvimos juntos,
lugares donde yo
casi fui feliz
y tú,
absolutamente
nunca has estado.

Manuel Jurado

ANGELICARIO PROFANO

1

Los ángeles mediterráneos al llegar febrero se convierten en almendros en flor.

2

Si un ángel enfermo ama a otro ángel enfermo los dos serán recluidos en el pabellón de incurables.

3

Hay ángeles narcisos que duermen solitarios en el fondo de un espejo de agua.

4

Hubo un tiempo en el que los ángeles iban de taberna en taberna y acababan arrodillados ante el tabernáculo de una esquina cualquiera.

5

Los ángeles obesos que se niegan a seguir una dieta rigurosa no podrán desfilar ante los santones de la moda.

6

El ángel podólogo que cuida los pies de san Pedro tiene siempre las puertas del cielo abiertas cuando sale de noche.

7

Durante un tiempo tuve un ángel de la guarda prisionero entre las páginas de mi diario.

8

Hacer el amor con un ángel es como hacerlo con una nube.

9

Como no podía dormir se pasaba la noche contando ángeles; por la mañana amanecía envuelto en un manto de plumas.

10

El ángel tuerto rechazó el ojo de cristal pintado por Miguel Barceló.

11

Los ángeles son pájaros de cuenta; cuando menos lo esperas te dejan tirado.

12

En el trampolín los nadadores principiantes miran al cielo antes de hacer el salto del ángel.

13

Como los ángulos, los ángeles pueden ser rectos, agudos y obtusos.

14

El ángel que le gustaba imitar a Juanita Reina se hizo una bata de cola con las alas.

15

En un garito de mala muerte el ángel tahúr perdió en una noche la túnica, las alas y la inocencia.

16

Las madres de los ángeles pobres se pasan el día zurciéndoles las alas.

17

El ángel de las espadas tiene el alma cobarde.

18

En el taller de confección de túnicas los ángeles costureros hacen de Penélope.

19

En mi viejo plumier escolar de dos pisos, oliendo a punta de lápices de colores y goma de borrar, guardo mi colección de cromos de ángeles.

20

El arcángel Rafael tiene un lunar en su expediente: pidió aumento de sueldo por acompañar al ciego Tobías en su viaje.

21

No le cuadran las cuentas al ángel ecónomo y habrá que prorrogar los presupuestos.

22

El ángel sastre ha presentado una queja ante el Departamento de Intendencia por la mala calidad de las telas y los hilos: se le descosen las costuras.

23

El ángel que lleva a escondidas el negocio del burdel no cobra los servicios a los santos inocentes.

24

El Delegado de Fiestas Mayores ha programado para hoy un desfile de ángeles ciclistas en el Paseo de la Alameda.

25

En la fotografía de aquel muchacho enfermo aparecía la extraña figura de un ángel moribundo.

26

Cuando Dios decidió arrojar del Paraíso a Adán y Eva muchos ángeles se hicieron el tonto para evitar cumplir la orden.

27

Pasó noche tras noche junto al ángel de mármol para sentir el fuego de su corazón.

28

El ángel del silencio guarda vivas las palabras entre sus labios.

29

En las noches de invierno el ángel de la nieve golpea con insistencia los cristales de mi balcón.

30

Un ángel pasaba una y otra vez ante el espejo hasta que dejó de reflejarse.

31

El ángel buen bebedor es aquel que apura la noche en el mismo vaso.

32

Aquellos ángeles de la escalera de Jacob necesitaron sesiones de masajes para aliviar las agujetas.

33

Logró el número uno, tras una dura oposición, para la plaza de ángel guardián del sueño de los muertos.

34

El ángel boticario prepara por su cuenta y riesgo un antídoto contra el veneno de la eternidad.

Carmen Salas del Río

BALADA PARA LOS ÁRBOLES SOLITARIOS

Evocación,
la imagen de un árbol solitario
entretiene mi mente que divaga,
aquellos días,
íntegra soledad
que enciende la nostalgia del pasado
siendo libre sin serlo.

Un paisaje desolado,
el árbol solitario en medio de la nada
que lo circunda.
Lucha por resistir,
con sus ramas desiertas de aves,

nota de verdor única,
indicador de fresca agua cercana
que me invita a su sombra,

agradezco y busco la fuente
que habrá en algún lugar
de ese paisaje calcinado,
donde aliviar la sed,
dar descanso al cuerpo, al alma que soy.

Sombra, agua y descanso,
tres regalos
del árbol solitario
que me reclama.

Traducción de Concha Fernández

Iucundae, Mani Valeri Vituli ser(vae), Nigella mater.

Fessa tribus lustris, anno propensior uno,
succubui fatis exsuperata meis.
Est tua quae possit confundere pectora lector:
inmatura mei causa dolenda rogi.
Sed melius confecta pia sub sede quiesco,
quam mea vi morbi corpora discuterent.
Tum gravis ipsa mihi nedum tolerabilis ulli,
nunc secura levi caespite contumulor.
[- – -] vos tangit nostri nunc cura, parentes,
[- – – co]niux carior usque uale!
[Sit mihi t]erra leuis, vobis sint numina fausta,
[sit fac]ilis vati Phoebus ut ante mihi.

A Jucunda, esclava de Manio Valerio Vítulo, su madre Nigela.

Desahuciada a mis quince años, casi dieciséis,
cedí, vencida, al peso de mi destino.
Es lamentable la causa prematura de mi muerte,
capaz de abatir, lector, tu corazón.
Pero llegada a mi fin, descanso en este lugar acogedor,
antes que la enfermedad llegue a destrozar con violencia mi cuerpo.
Gravosa entonces para mí misma y con más razón insufrible para cualquiera,
reposo ahora, libre de preocupaciones, bajo la hierba ligera.
Os toca ahora a vosotros, padres, el cuidado (de mi sepultura),
[- - -], querido esposo, ¡adiós para siempre!
Que a mí no me pese la tierra, y a vosotros los dioses os sean favorables.
Sea propicio Febo para este poeta, como lo fue para mí en vida."

CIL XVIII/2, 178.

Antonio Serrano Cueto

ELEGÍA EN TRES TIEMPOS

I

Maldigo desde hoy al dios revanchista
que reclama el dolor de los humanos
como deuda de sangre por su dolor histórico.
Maldigo desde hoy al dios impasible
que abismó su mirada, aún ardiente
de amor, en el terrible desconsuelo.
Maldigo desde hoy al dios ilusorio
que con el índice apunta y exhorta
hacia el umbral de un paraíso vano.
Ella siempre esperaba en su bondad
y en él creía como salvaguarda y trinchera,
como padre entregado que, advenida la hora,
no la abandonaría.
Pero nosotros no la abandonamos,
prendimos sus manos dolientes
como la luz en la ceguera,
como el amor en el destierro,
como el madero en el naufragio,
temerosos del gran abismo
que se abría ante nuestros pies
y de que habría de llegar
un tiempo de lluvia inclemente
que ahogaría nuestras casas.

II

Porque han pasado los días oscuros
de la primera ausencia,
porque ya puedo vislumbrar el fondo
del manantial del llanto,
porque puedo esgrimir lo cotidiano
como espada quimérica
para rasgar las sombras,
temo que el velo gris que se interpone
y adensa entre mis ojos y tu rostro
sea la primera señal del olvido
del asombro redondo de tu boca,
del tacto delicado de tus manos,
de tu piel ulcerada y quebradiza,
del agua cenicienta del cabello
que aún espejeaba en tu cabeza
de madre mía para siempre muerta.

III

Ese cuerpo que en la noche te hospeda,
madre, ya no es tu cuerpo,
el vientre en cuyas ramas anidaron
las aves de mi asomo primerizo;
ya no es tu cuerpo, sino una textura
de raíces que beben hondamente
de los veneros australes,
generoso mantillo con ansias subterráneas,
sustrato solidario que va explorando rutas
en el dédalo ciego de la tierra.
Acuíferos, pozos, simas, túneles, grutas…
reciben la potencia germinal
del polvo que ahora eres, renuevo iridiscente
bajo el cándido lecho de los algodonales.

Emily Roberts

LOS COLORES DEL DESIERTO

Hacemos cuentas solo una vez al año.
Al mirar atrás, ya no recordamos dolor, alegría o
resentimiento—
solamente colores: violeta y terracota,
rojo-azul,
la sombra de caballos contra el acantilado.

Como los primeros pobladores
que inventaron
los nombres del mundo,
dibujamos
pequeños animales que corren
tanto como pueden.

Casi tan lejos quisimos llegar entonces.
El horizonte parecía inmóvil.
Nosotros nos volvíamos pequeños.
Mientras, el sol avanza
lento,
inexorable.

Gabriel Insausti

(VERSIÓN DE TRES POEMAS "ITALIANOS" DE JOSEPH BRODSKY)

CARTAS A UN AMIGO ROMANO

I

Sopla el viento y las olas ruedan entrecruzándose.
Con el otoño muda el rostro de la tierra.
Que varíen los tonos me conmueve más, Póstumo,
que cualquier cambio en el vestuario de mi amada.

Una chica, hasta un punto, puede satisfacerte
(si no vas más allá de rodillas o codos),
pero ¡cuánto más viva la hermosura incorpórea
de un bosque en el otoño, sin besos ni traiciones!

II

Te envío libros, Póstumo, y espero que te gusten.
¿Qué tal en Roma? ¿Un lecho duro en el que acostarse?
¿Cómo le va a César? ¿Maquina algo? ¿Intriga?
Seguro que lo hace, y que come en exceso.

En el jardín donde me siento arde una lámpara.
Estoy solo, sin chicas ni criados ni amigos.
Ni los humildes ni los grandes de este mundo,
nada salvo el zumbido de una coral de insectos.

III

En este camposanto yace un tratante asiático.
Era listo y capaz, y pasó inadvertido.
Se lo llevó una fiebre. No navegó hasta aquí
para eso, sino para hacer negocios.

Bajo el tosco granito, descansa junto a él
un legionario del Imperio con su gloria.
Diana de tantos dardos, vivió hasta los ochenta.
Las excepciones, Póstumo, prueban aquí las reglas.

IV

Es cierto que las aves no son muy listas, Póstumo,
pero hay tristeza a espuertas incluso para un pájaro.
Si se ha de nacer en el Imperio de César,
mejor lejos, en una provincia junto al mar.

Quien vive lejos de tormentas y de César
no se apresura, ni adula, ni es cobarde.
Dirás que el gobernante es a menudo un buitre.
Si hay que elegir, yo lo prefiero a un vampiro.

V

Estoy dispuesto, hetaira, a esperar en la lluvia
si es contigo, pero nada de regateos.
Sacarle unas monedas al cuerpo que me cubre
es destrozar las tejas de tu propio tejado.

¿Que hay una gotera? Pero ¿dónde está el charco?
Nunca he mojado yo lugar alguno, nunca;
Mejor te buscas un marido conveniente:
te mojará las sábanas, y a la lavandería.

VI

Juro que aquí he pasado la mitad de una vida.
Como un siervo canoso me dijo ante una tasca:
“Si miro alrededor, ya solo veo ruinas”,
que es perspectiva bárbara pero nada inexacta.

Vuelvo de las montañas y traigo flores frescas.
Buscaré un buen jarrón, lo llenaré de agua.
¿Hay noticias de Libia o de alguna otra parte?
¿Combatimos aún allá por el desierto?

VII

¿Recuerdas tú, amigo, la hermana del procónsul,
un poco flaca, aunque de gruesas pantorrillas?
Te acostaste con ella… Pues es sacerdotisa,
lo es, Póstumo, y tiene los dioses por amantes.
Ven pronto a visitarme y beberemos vino.
El pan es bueno y la ciruela está madura.
Me traerás cotilleos, prepararé tu cama
en el jardín, podrás contar nuestras estrellas.

VIII

Pronto, querido Póstumo, yo que amo la suma
habré pagado la vieja deuda con la resta.
Saca, pues, mis ahorros de bajo mi almohada:
no es mucho, pero sí costearán el asilo.

Monta en tu burra negra a la casa de hetairas,
junto a los muros de esta ciudad tan de provincias.
Da a cada chica el monto que solía cobrarme:
que me lloren al menos por esa misma suma.

IX

Está el laurel oscuro a punto de temblar,
las puertas entornadas, el vidrio polvoriento,
las sillas indolentes y el sofá solitario.
Las sábanas las ciega el sol del mediodía.

Los zumbidos del Ponto, la verja de unos pinos.
Un barco desafía al viento entre las rocas.
Por el jardín, el roce de unas hojas de Plinio.
y entre el cabello espeso del ciprés, unos tordos.

TORSO

Si la hierba a tus pies de pronto se hace piedra
y ese mármol se antoja más hermoso que el césped,
o si ves una ninfa y un fauno que parecen
más felices en bronce que en uno de tus sueños,
que caiga el bastón de tu mano pesarosa:
estás en el Imperio, amigo.

El aire, el fuego, el agua, faunos, leones, náyades
del natural, o urdidos por la imaginación,
todo lo que Dios hizo y la razón se hartó
de alimentar, ha sido rehecho en metal y piedra.
Es el final de todo. Al cabo del camino,
es un espejo en el que entrar.

Quédate en pie en un nicho, alza los ojos, mira
cómo los siglos huyen tras la esquina, y contempla
el musgo que ya asciende por la ingle de la estatua,
el polvo que se posa en sus hombros, el tiempo.
Alguno pierde un brazo, la cabeza de otro
cae con estrépito en la piedra.

El torso resultante es un montón de músculos.
Dentro de muchos siglos saldrá de su agujero,
con las garras partidas de arañarle la vida
al granito, un ratón que cruzará la calle
con un chillido agudo y no volverá a casa
esa noche. Ni a la mañana.

ELEGÍAS ROMANAS

A Benedetta Craveri

I

La caoba cautiva de un pisito
en Roma. Sobre el techo, una isla de vidrio.
Con la puesta de sol, las ventanas tamizan
un terreno común para lo nebuloso
y lo liso. Un pie sobre el rosado mármol,
el cuerpo avanza hacia su futuro: su ropa.
Si alguien gritase "¡Hiélate!", obraría el milagro
como hizo esta ciudad en su primera hora.
El mundo está compuesto de desnudez y pliegues.
Y estos contienen más amor que ningún rostro.
Por eso es agradable seguir a algún tenor,
porque tiende a acercarse siempre a las cortinas.
Cae la noche y un ojo azul vierte una lágrima,
lavando el iris hasta un brillo innecesario;
y en lo alto la luna es una plaza hueca,
sin fuente, aunque su piedra es porosa igualmente.

II

Es el mes de los péndulos quietos. Solo una mosca,
en la garganta seca de un jarro, zumba un himno.
En el reloj, tienden a cruzarse las agujas
como los focos antiaéreos buscando un ángel.
El mes de las persianas, los muebles en mortaja,
el doble sudoroso en el espejo,
las abejas que olvidan sus colmenas y, envueltas
en miel dorada, apuntan con denuedo hacia el mar.
¡Que chorree la ducha sobre la piel nivosa,
sobre el músculo flácido, que alborote las ramas
secas! Para este torso sin hogar y sus manos

ociosas, qué más grato que contemplar las ruinas.
Ellas se ven, también, con agrado en la erre
de los judíos: para los pedazos caídos
y rotos, la saliva es su único remedio,
mientras los ojos bárbaros del tiempo ven el Foro.

III

Colinas luminosas, ardientes como el hierro:
solsticio. Gracias a sus frescas sombras, creen
las nubes que son ángeles. Así los adoquines,
tan pícaros, espían las bragas de tu rubia amiga.
En las entrañas de esta Ciudad Eterna
escondo pensamientos sin cuento, líneas rotas,
de aquella luminaria que atrajo a las pupilas
de mármol y con rayos lo bastantes brillantes
para idear otro universo. Una plaza amarilla.
La paz del mediodía. El dueño de una Vespa
tortura el mecanismo. Mano en pecho,
reconozco los cambios de estos últimos años.
Y, como un libro abierto a la vez por todas sus páginas,
los laureles arañan el blanco calcinado
de una baranda. Surge el Coliseo, cráneo
de Argos, por cuyos vanos las nubes son rebaño.

IV

Dos chicas de cabello castaño. Biblioteca
de la más deslumbrante. Dos óvalos se ciernen,
tiernos, sobre los libros: la musa dice al hado
lo que quiso expresar en realidad.
El roce del papel y de la seda china.
Un ventilador mezcla violeta, clavel, lavanda.
Se hacen trenzas. Un codo, acostumbrado a gruesas
formaciones nubosas, asciende hasta la cumbre.

Un ojo oscuro sabe más de muebles cobrizos,
de granadas, postigos de roble. Es más atento,
más cordial que cualquier ojo azul. Al azul
nada le importa, en cambio, aunque distingue
el propietario de la propiedad, y más
justo antes de cerrarse –distingue tiempo y vida–,
y de volver el ojo igual que una coleta
que se cimbrea hasta asomarse al rostro.

V

Baila, lengua de la vela, ante el papel,
inclínate al aliento como si cortejada,
sigue –pero de lejos– estas humildes letras
que esperan en la cola que llegue el contenido.
Das vida al vestidor, los muros, el alféizar,
más de lo que soñara hacerlo la escritura;
tu hollín incluso, se diría, va más alto
que el más santo deseo del autor de estos versos.
No obstante, entre ellos te mereces un nombre
mientras mi pluma, y en recuerdo de tus comas,
en Roma, ante el final del milenio, produce
una linterna, antorcha, lámpara o pebetero,
nunca un párrafo –y las premisas son las mismas,
desde la cabeza hasta una uña de un pie,
porque un tintero brilla cuando alguien menciona
la luz, y en especial si sucede en un túnel.

VI

Teclear del piano a la hora de la siesta.
La quietud de un maullido somnoliento se extiende
en re bemol y un pez que ronda por la esquina
se abriga con escamas. Respirando disputas,
con el aire podrido de las doce, el estuco

bate sus branquias y la cavidad ardiente,
porosa, de una boca se esparce alrededor
de las glaciales perlas de Horacio. No he alzado
nunca una construcción en piedra que explicase
el blanco de las nubes. Solo he sabido algo
sobre mí mismo, o sobre cualquier otro destino
a partir de una letra, de su pigmento negro.
Así algunos se duermen mientras abrazan una
Leica, con la intención de sacar una foto
del sueño, o de evadirse para así despertar
en un futuro más desarrollado.

VII

Cúpulas que son huevos, campanarios
como columnas vertebrales, columnatas
tendidas en su ocio. La raíz de una alondra
restriega un cielo sin fondo, anterior a las
plegarias. Y la luz recoge más que siembra:
algo extraño se esconde en una grieta, mientras
su sombra cubre el muro. Las ventanas contemplan
un norte en el que cuanto más bebes menos cuentas.
¡Norte! Un piano helado igual que un iceberg,
salpicado de cuarzo, figuras de granito;
un llano que no puede parar al telescopio,
los diez ágiles dedos de un buen askenazí.
No volverá legión alguna a enhebrar esas tierras:
a una pluma no escuchan las palabras siquiera.
Y el ceño –como, al caer la noche, una cornisa–
se levanta y los ojos del amor se oscurecen.

VIII

En las callejas bizcas, donde hasta un pensamiento
sobre uno mismo es engorroso, en el cerebro,
ese lío que acepta no comprender el mundo
y donde, ora fogoso ora disperso,
caminas con tus botas sobre los adoquines
de las plazas, de un César a una fuente y vuelta,
–así una aguja yerra por las horas,
omitiendo sus muescas–; y es del todo adecuado
detenerse un segundo de la vida que queda,
por la vida pasada que anhela completarse,
por sus intentos de moldearlo e integrarlo
todo. El ruido que arañan los talones,
por la prisa, es un aria caprichosa,
la serenata en que lo que ha sido más largo
contrapuntea a lo que ha sido más corto.
Todo un Caruso para el que esquiva el gramófono.

IX

Y Lesbia, Julia, Cynthia. Y Livia y Michelina.
Senos, tirabuzones, por efecto y por causa.
Barro cocido al cielo, las yemas de los dedos
muestran ahí destreza: carne que vuelve eterno
cualquier torso. Criáis inmortales: quien os
vio desnudas también se hizo Catulo, estatua,
Nerón de piedra, etcétera. ¡Diosas fugaces! Más
alegra tener fe en vosotras que en algo
permanente. ¡El abdomen liso, los muslos tensos!
Y blanco sobre blanco, como soñó Malévich,
yo, el más mortal objeto en medio de un naufragio
que parece la jaula del mundo, sorbo el vino
de una suave clavícula. El cielo es claro igual
que una mejilla con un trémulo lunar;
las cúpulas parecen las tetas de la loba
después de amamantar a su Remo y su Rómulo.

X

¡Pinos iguales todos, asimilad el éter!
Los dedos no cosechan mucho más que una aljaba,
pero un mirlo tampoco quiere volver del cielo.
Y nosotros no somos dioses en miniatura.
De ahí nuestra alegría: somos nada, moteados
poros que cumbres y horizontes desprecian;
el cuerpo es el reverso del espacio, por mucho
que pedalees. Y si estamos tristes es
por la misma razón. Es mejor descansar
en un porche, aflojarse la camisa que se hincha:
pues la piedra refresca la espalda, las palomas
zurean y se hunde el sol por los jardines
lejanos y las villas mientras, tutor del habla,
el agua mana de unos labios herrumbrosos
sin repetirse, salvo que está fría y agrieta
el rostro de una ninfa y lo convierte en ruinas.

XI

Vida privada. Miedos, briznas de pensamiento,
una manta arrugada empequeñece a Europa.
Gracias a una camisa azul y a una chaqueta
aún se refleja algo en el espejo.
Tomemos, rostro, el té: que el diente sienta el labio.
Bajo el yugo del techo, el aire se hace plano.
Arrojada por la ventana, inadvertida,
la mirada hace que tiemble una bandada
de arrendajos en la cima de un pino. Un cuarto
en Roma, papel blanco, la cola de una carta
recién escrita. La perfecta perspectiva
difumina unas cosas, cambia de sitio otras
al otro lado del Tanais, se desvanecen
las frentes coronadas de laurel y gomina,
que avanzan hacia el Tiempo, más allá de los límites
de cualquier imperial superpotencia.

XII

Acércate, que te susurre: doy las gracias
por todo, por el ala de pollo y el chirrido
de las tijeras que ya cortan un hueco
para mí, porque ese será tu dobladillo.
Da igual que sea negro o no contenga nada:
nada de miembros ni óvalos que contar.
Cuanto más invisible es algo, más seguro
es que ha estado vivo y es más obvio
que se halla en todas partes. ¿O has sido tú el primero,
tú, a quien todo esto ha sucedido?
Para un clavo que aguanta lo divisible en dos
(salvo por que queda) no hay cantera más dulce.
Estuve en Roma. Fui colmado por la luz
de un modo que una esquirla no soñará siquiera.
Las monedas doradas habitan la retina
y tras el apagón quedará una al menos.

George Campbell Hay

HOMER

They say that you were blind, yet from the shore
you saw the long waves cresting out at sea;
before the climbing dawn from heavens's floor
you saw the dark night flee.

The torrents whirling in the springtime thaw,
the shady slopes of Ida many-pined,
the curving flash of falling swords you saw —
they lie, you were not blind.

Traducción de Antonio Rivero Taravillo

HOMERO

Dicen que estabas ciego, aunque en la arena
viste saltar las olas en el mar;
antes del nuevo albor, la noche negra
también viste escapar.

El deshielo que el torrente recibe,
la sombra del pinar del monte heleno,
el curvo brillo de la espada viste.
Mienten: no estabas ciego.

José María Jurado García-Posada

EL CANTO CONTINUO

Primero cantó el mar,
rugía
la espuma en cada golpe de la roca,
y las olas rompían en mi pecho
atragantado de agua y sol,
zarandeado,
desfondado en los bancos dorados de la arena
como crestas de nieve y sal cristalizada.
Velados por la luna habían vagado
mis ojos por inmensas llanuras de azul plata
sin vislumbrar apenas las praderas,
de doradas madréporas, los bosques
de sumergidas algas que ascendían
a la potente luz del día nuevo.
Ahora, abiertos por fin a la conciencia,
contemplan ya la costa bajo el fuego
azulado del cielo y aire ardiente.

Primero cantó el mar,
¡Homero!

Y está la nave cóncava, ungida con aceite
posada ante mis ojos, brillan,
las corazas de bronce, los penachos,
las cuadernas de roble, las velas amuradas.

Primero cantó el mar, Homero, Homero.

RESEÑAS

Una mujer fundida en el paisaje

MARI PAZ FERNÁNDEZ MONTAÑEZ

Jardín salvaje
Mercedes Escolano
Garum Ediciones, 2022.

Este nuevo poemario de Mercedes Escolano ha tenido una lenta gestación. Escritos sus poemas entre los años 2002 y 2020, según declara la poeta en el posfacio del libro, cuenta con una interesante prehistoria: nueve de sus poemas salieron a la luz en 2011 en unos pliegos de cuidada edición del Centro de Editores, con acuarelas de Enrique Mellado como ilustraciones; otros, concebidos expresamente para dar vida al proyecto compartido con el pintor José Ganfornina de maridar poesía y pintura –dotando de palabras la pintura, traduciendo en imágenes la poesía–, los pudimos ver enmarcados, junto a algunos de los anteriores, en una exposición itinerante en 2014. De estos últimos, siete fueron publicados en 2021, bajo el nombre de *Belleza*, como número 45 de la hermosa colección de pliegos poéticos *Las hojas del Baobab*. Otros seguían inéditos. Pero es ahora cuando se cumple el deseo de la autora de ver publicados de forma completa estos poemas, que se presentan exentos, sin ninguna apoyatura plástica.

Deseo no vano el de Mercedes Escolano, a mi parecer; pues, amante de la polisemia en su poesía, quizá descubrió que su lectura conjunta podría enriquecer los poemas con una nueva significación. A mí, al menos, me gusta leer este poemario, más allá de poema a poema, atendiendo a su carácter unitario, siguiendo su estructura, que se me revela lineal, como si de un ciclo de lieder de Schubert se tratara, como si la poeta, a través de sus 58 poemas, realizara un viaje desde el jardín interior de la casa de su primer poema, su morada –su propia alma–, con su intimidad, sus amores y desamores, sus perezosos domingos, la confianza y el amparo de sus muros protectores, hasta el peligroso bosque shakespeariano del último, que avanza con su amenaza de caída, muerte y destrucción. Un viaje alegórico que podría aludir a la vida humana, al camino recorrido por el hombre desde el vientre materno (la casa), donde ya se le da un nombre que lo impregna para siempre de su inmutable esencia, hasta su muerte, con cada uno de sus poemas convertidos en una etapa del trayecto, cada paisaje entrevisto acompasándose con un estado de ánimo determinado. Sin embargo, si se analiza a un tiempo el nombre del poemario y la cita de Ana Hatherly que precede al poema que titula el libro *("Por entre o cosmos e o caos / o poeta olha o mundo/ e reinventa-o / no seu jardín / feito de tinta"*) también podría representar la lucha que se produce entre el cosmos, esto es la naturaleza domesticada por el hombre, con el jardín como símbolo, y el caos o primigenia confusión, simbolizado por el adjetivo salvaje y por el bosque. En la tensión entre el afán ordenador del hombre y las fuerzas telúricas de la Naturaleza siempre amenazantes se mueve la vida humana, al igual que bascula el alma del yo poético de los poemas de Escolano entre la apetencia de llevar una existencia serena y reglada, y el anhelo subconsciente de vivir bajo el desorden de una pasión, que, como el viento del Oeste, la haga "cimbrear como una rama / de melocotonero". Estas y muchas otras lecturas puede ofrecer al mismo tiempo este poemario, que brilla en el arte de la sugerencia.

No usa Escolano del lenguaje rebuscado ni de la palabra altisonante. Una vez más prefiere tejer sus poemas con palabras aparentemente sencillas, casi del ámbito cotidiano –aquel "Lo que pasa en la calle" machadiano–, que en *Jardín salvaje* encuentran su valor poético en la relación que mantienen entre ellas, en el ritmo que confieren las anáforas y la repetición de estructuras sintácticas, en la perplejidad de las paradojas sinestésicas. Palabras precisas, sugerentes, que dotan a su poesía de un alto poder evocador. Y así, el jardín de su casa al que canta en el presente nos retrotrae a ese patio de su infancia, al que nunca volverá, que conocimos en *Marejada*, su primer poemario; la mujer que define como "el entramado verde / la poderosa mano que enlaza hojas y raíces, / el pequeño pulmón de cada hoja" hace resonar en nuestra mente "las muchachas flores" wagnerianas; su poema "Hojas secas", dedicado a

su padre, casi un juego desde el punto de vista formal, trae a nuestra memoria aquellas hojas secas que revelan a Cernuda que nuestras vidas y nuestras obras no son más que escritos en el agua. En verdad, nada tienen que ver, ni en intención ni en ejecución, *Ocnos* y *Jardín salvaje*; no obstante, se enlazan en la visión poética y trascendente de objetos habituales de la casa y sucesos de la vida cotidiana, en el distanciamiento del sujeto poético, en esa atmósfera densa, llena de inefables expectativas, que crea, por ejemplo, el calor del verano.

Poeta de gran fantasía y capacidad narrativa, sus yoes poéticos suelen mostrarse poderosos, con carnalidad, como auténticos personajes protagonistas de un relato. Ello podría explicar la fluctuación de su género, no siempre femenino como la poeta. En el poema "Una bandada sobrevuela la marisma", es un ave quien narra el cíclico viaje que es la vida y expresa su anhelo de total comunión con el paisaje.

Mercedes Escolano llega al conocimiento a través de los sentidos, de la pausada observación de la Naturaleza, que le porta en silencio su mensaje. Pero a veces, diluida en el paisaje, confundida con él, la poeta traspasa la frontera, y tras los animalillos que pueblan su jardín, tras esos pájaros que le dan noticia del paso hiriente de los días, tras el olor del tomillo y el romero, la fragancia del jazmín, la sensualidad del naranjo y el amarillo ácido del limonero, vislumbra un universo de fuerzas invisibles, que le hablan con el lenguaje sagrado de los mitos. Por ello *Jardín salvaje*, cual pintura religiosa barroca, se mueve entre dos planos: el del mundo terrenal y el espiritual, el de lo que se dice y lo que realmente se quiere decir, aquello que se esconde tras el acto cotidiano o el asunto relatados.

Se cantan en estos poemas los temas eternos de la poesía: el amor, el deseo insatisfecho, el tiempo y su inexorable pasar, la reflexión sobre el acto creativo, la muerte. Todos los trata Escolano sin barroquismo conceptual, creando la emoción a través de la intuición y de lo sensitivo, sabiendo colocar, como Machado, "la palabra esencial en el tiempo", al situar al sujeto de su poesía en un "aquí" y un "ahora", en una situación reconocible por todos, que conmueve al lector.

La luz del Atlántico, el frescor de la lavanda, el suave roce de la sábana recién lavada, el café del mediodía en el silencio de la blanca casa impregnan estos poemas de un aire sensual, lento, perezoso, casi de tiempo detenido. Mas el tiempo no se detiene en los poemas de *Jardín salvaje*, el ciclo vital ha de cumplirse, y, en un febrero casi primaveral, surge la vida: "Lo que ayer era solo un atisbo / hoy toma consistencia, / se afirma, / se afana por vivir". Se suceden los meses, pasan las estaciones, y llega la muerte: "Río abajo / avanzamos sin memoria, sin respiración,/ como dioses sombríos. / Amargas las aguas, gastadas nuestras vidas", de la que antes ya nos ha dado aviso la pérdida de los que nos acompañan en el camino: como Eneas, en un estremecedor poema, la poeta baja a los infiernos, al mundo subterráneo, en busca de su padre, al que clama con preguntas desoladas, que laceran al lector: "Padre, padre, ¿dónde estás?... /…¿Qué has venido a buscar a estos recodos / donde reinan la humedad y la noche?"

Aunque es cierto que, salpicados entre sus versos, se podría encontrar algún aforismo poético ("Miramos por los ojos pero vemos por la mente", se afirma en el poema "El fondo de la noche"), los poemas de *Jardín salvaje* abundan más en preguntas que en certezas. Al igual que los poemarios anteriores de Escolano, *Jardín Salvaje* es pródigo en simbolismo: la sal, la marisma, el río, las islas, los colores, las aguas luminosas o estancadas, el limón de la *vanitas* barroca, todos están preñados de un sentido real y figurado. Así, los pájaros son mostrados como seres intermedios, habitantes del éter y la tierra, mensajeros de la Altura. Símbolo de significación poderosa, como en Elytis, es el viento, personificado como un dios de la mitología grecolatina, que irrumpe en la realidad para trastocarla y tiñe este poemario de cierto toque de realismo mágico.

"Cuando la Naturaleza te parezca natural todo habrá acabado", sentencia Pasolini en su película *Medea*. En el *Jardín salvaje* de Escolano nada hay acabado, nada perdido: ni mito ni naturaleza, desveladores ambos de las mismas verdades ocultas, pese a sus distintos lenguajes; ni paisaje romántico, resonancia del alma del poeta, ni huerto cerrado, con su invitación a la

intimidad y a la meditación; ni la poeta que es ni la que ha sido. Fundida en el paisaje, todo lo abarca el corazón salvaje de Mercedes Escolano, que, contemplando la Naturaleza a raso vivo, nos descubre en su escritura –su jardín hecho de tinta– ese otro mundo, invisible a los ojos, que late tras los actos y objetos cotidianos, tras los paisajes que habitamos.

Lo poético del tiempo olvidado

ANTONIO GARCÍA DE DIONISIO

Juan Carlos de Lara
La mitad del recuerdo
(Premio Nacional de Poesía Ciega de Manzanares)
Huerga y Fierro editores, Madrid, 2022.

La memoria abre su esplendor, dentro de las palabras que buscan recorrer la nobleza de los días con juego; esa verdad transformada en aprendiz de brujo, antes de hacerse oír en los oídos nuevos: lejos queda, la perfección del humo de las fiestas o, aquel proyecto de amor impreciso; donde siempre se vuela a contraviento de lo que el tiempo inventa. La memoria, hace que vivamos dentro del redondel de los espejos; hace poético lo triste e imperfecto, lo perfecto.

Dejemos que el recuerdo hable sin distorsionar la voz que busca en su pasado, la metáfora o el ritmo de unos pasos cansados de avecindar propuestas de un tiempo que ya fue, y aún hoy, nos busca, como un lejano sueño de atardeceres nuevos. Juan Carlos de Lara, poeta onubense, autor del libro ganador de la vigésima entrega del Premio Nacional de Poesía "Ciega de Manzanares", con su libro *La mitad del recuerdo*, trae hasta nosotros, la plenitud de la palabra hecha desde un presente poético y lleno de esa luz que, conmociona en su perfecta lucidez y acercamiento.

La *mitad del recuerdo*, es un libro que no está dividido en partes, como la mayoría de los poemarios; sin embargo, el poeta nos divide su poemario en tres partes invisibles que, a veces, hace de nosotros un testigo invitado a una adolescencia insegura y llena de ocasiones que, el tiempo, fue dignamente reforzando dentro del avatar que es la vida. Podríamos decir que el libro es un poema en partes, pero para eso, tenemos que olvidarnos de que el tiempo existe en los recuerdos, y, nos hace pensar, en la atemporalidad de nuestro sueño, como si éste se hubiese olvidado de ordenar lo vivido. (Ni yo mismo lo sé, pero diría / que solo con vivir he logrado aprender / cómo tirar por tierra las derrotas,) estos versos, pertenecientes al primer poema, nos advierten y nos ponen en guardia sobre lo que tenemos ante los ojos; la vida, simplemente la vida vivida, el recuerdo de lo que fuimos; la magnitud de lo que somos, a pesar de que el paso del tiempo, nos vuelva a perturbar. Ese "algo" que nos recorre el cuerpo, cuando hablamos de aquello que nos dejó sin habla un día cualquiera, de un año sin número ni memoria; hoy, nos abre el corazón para vivir de nuevo de sus horas; ésas que vuelan más deprisa que los vencejos en las tardes de verano.

Recordar no es tragedia para aquel que tiene la memoria intacta: añorar, es otra cosa, es, creer que lo que fuimos, nos hace más felices si lo volvemos a soñar; si nuestra mente, celebra la juventud perdida y hace que, los silencios, se llenen de gestos y palabras clavadas a destiempo, dentro del corazón. Así volamos, así encontramos palabras, como estas que nos dice el poeta en su recordación: (Ha pasado el momento, los recuerdos ocupan / su lugar impreciso / y es fácil que me acabe preguntando/ de dónde acude aquello a mi memoria) … el poeta lo piensa y lo dice, se busca en el poema que habla de su madre y, también, por qué no, en ese diálogo imaginado que, el recuerdo, idealiza con su padre: (Seis años de mi infancia no te fueron bastantes / para dejar más huellas, pero sigues estando / en el tenue recuerdo por el que aún caminas / a veces junto a mí) … La travesía complica la imagen, por el cerrado extremo de lo que no se piensa, por la voraz canción de lo que no se canta; por aquello que nunca nos dejará su sueño entre las manos.

Habla el poeta con menos indecisión que, cuando estaban en su vida las preguntas sin respuesta, el tiempo formaliza lo que fuimos y, temporiza el sueño de las horas con ese astuto

tiempo que el recuerdo nos trae a la memoria: (Aunque tiendo a negarlo, no recuerdo ya bien/ la mitad de las cosas que llegaron contigo. / Aquel final de junio, por ejemplo, / se fue volviendo otoño en mi memoria.) Y el poeta sigue hablándonos de sus miedos y de sus días felices y de aquellos silencios prematuros que, el tiempo, fue olvidando en sus triunfos, dejándonos el miedo a vuelapluma, para que no escojamos la cruz ante la duda, y dejemos volar la incertidumbre que el poeta nos canta en esa canción interminable que, en el recuerdo yace: (Y si vivir también es recordar / tal vez prefiera ahora / que el olvido termine por recortar mis días / y seguir adelante sin medir el futuro.)

Desordenadamente, amanece deprisa, y la memoria grita nombres que adivinamos la razón de sus días, la existencia sin más de los recuerdos; azules calendarios con números en rojo, ideales profundos de palabras; creencias inventadas sobre la vida misma que, marcaron esa vida, inventando futuros, haciéndonos creer que, la vida, es un tiempo en manos de los dioses; esos dioses ocultos, que siempre nos acechan como fuego sin humo.

Encontramos en estos versos lo contrario a la añoranza, la perfección del sacrificio con que la vida obliga a desdecir lo precario; lo adverso del silencio; lo opaco de la duda. Libro para leer despacio en los olvidos que la vida nos presta, para llenar de ausencias el mundo que se fue y, no supimos valorar, como algo que el tiempo revalora, cuando ya no es posible.

El animal y el cuerpo

DANIEL GARCÍA FLORINDO

Marta Sanz
Corpórea. Poesía 2010-2022
La Bella Varsovia, 2022.

El título extendido de este volumen que reúne la obra poética de Marta Sanz por la editorial La Bella Varsovia es *Corpórea (No quiero perder a mi animal. Que no se vaya). Poesía 2010-2012*. Con este subtítulo se expresa, por un lado, una idea vertebral presente en todos sus libros y que alude a ese deseo de mantener el impulso feroz de escribir poesía. Por otro lado, encontramos estos versos en uno de los últimos poemas del libro donde la voz irónicamente mística del poema reivindica su regreso al cuerpo (*Entonces entiendo / la cuadratura círculo: / no quiero perder a mi animal. / Que no se vaya*). Se cierra de este modo el conjunto perfectamente orgánico en todos los sentidos. Sanz intensifica la idea de ese cuerpo en su poesía como un animal, una fuerza natural que confiere al cuerpo de su escritura poética más viveza, naturalidad, salvajismo, ferocidad o entusiasmo. Así, la escritora proyecta, experimenta, juega con el lenguaje para extender los límites del género en una indisoluble simbiosis con el fondo. Podríamos concluir que en la poesía de Marta Sanz se encuentra la raíz de todo su universo literario: una visión ideológica del mundo y de la realidad, pero de una forma más radical o extrema, bien concentrada en este género que no duda en mancharse de política, de problemática personal y/o social, de visiones incómodas o violentas de un sujeto corpóreo que emplea el lenguaje poético para abrirse o mostrarse sin cortapisas (literariamente, se entiende).

Este volumen reúne la trayectoria poética de Marta Sanz, una de las escritoras más destacadas de nuestro *campo literario* actual no solo por haber alcanzado una posición central, sino por la tensión que mantiene en él como referencia crítica, algo que se traspasa al *campo social* desde su posicionamiento ideológico. Sin duda, la óptica feminista que Sanz desarrolla en su escritura a través de sus novelas y ensayos confiere a toda su obra una dimensión lógica brillante y una coherente y difícil personalidad por partir de esa realidad problemática que observa, analiza y cuestiona poliédricamente.

En el caso de la poesía que ahora se publica completa, también podemos comprobar cómo se innova y parodia los límites del género poniendo en un brete su carácter más tradicional, ortodoxo o sagrado, una subversión que se encuentra en la raíz de toda su literatura, por otra parte, y que se refleja

de un modo más evidente, extremo y radical en toda su poesía desde su primer libro de poesía *Perra mentirosa* / *Hardcore* (2010), un libro compuesto por lo que podemos llamar dos poemas-ríos. Con *Perra mentirosa* se hace referencia al rechazo de un tipo de poesía domesticada y falsa, una poesía abalada también por una tradición trasnochada y cursi de la que la poeta abomina. Sanz consigue así un hilo argumental que recorre todo el poemario con ese *leit motiv* de fondo que se inicia con un brillante poema donde se requiere la transtextualidad con la versión cinematográfica de Hitchcock sobre la novela *Rebeca*, de Daphne du Maurier. Esa *perra mentirosa* es un perfecto ejemplo de la palabra llena de flecos, de connotaciones, de misterio (*No quiero la palabra precisa, / sino una llena de flecos, / una lámpara y vuelta a empezar, /…*). Por su parte, *Hardcore*, palabra que igualmente se abre con todos sus flecos plurisignificativos: desde el estilo musical *punk* al género del cine pornográfico o a un tipo de combate de lucha libre. Todas las posibilidades caben en este libro y por extensión en toda su poesía, sin olvidar, la de los componentes del anglicismo ('núcleo, centro o corazón duro'). Si *Perra mentirosa* plantea en su discurso metapoético —uno de tantos— la relación con su propia creación lírica, en *Hardcore* se prefiere ir al grano poniendo el dedo en la llaga directamente, en el centro de la herida producida por el abismo del desconocimiento de los «otros hombres».

Otro anglicismo bien conectado con el anterior titula el siguiente libro *Vintage* (2013). En este libro se evidencia la relación de la memoria del cuerpo y el cuerpo de la memoria. Hablamos de una poética materialista basada en la encarnación de la idea abstracta del «yo» a través del «cuerpo», concepto-símbolo-representación del sujeto lírico, esa voz que concentra todos los valores éticos, sentimentales e ideológicos de la autora a través de su relación más pura, natural y visceral con el lenguaje. Como la propia autora ha afirmado en más de una ocasión, su creación literaria se vincula con una metáfora reversible: el cuerpo de la escritura y la escritura del cuerpo, entendiendo que el cuerpo es el texto donde queda escrita toda la vida, y que al mismo tiempo los textos literarios han de reflejar esa corporeidad.

Cíngulo y estrella. Cancionero (2015) ironiza con la tradición petrarquista no solo para subvertirla sino para oponerse a una visión retrógrada del amor. Efectivamente, se trata de un cancionero nuevo sobre una visión rompedora del tema amoroso en tanto que es un punto de partida para que la voz poética pueda contemplarse, analizarse, cuestionarse, repensarse, etc. en dicha relación amorosa.

Algo similar sucede con respecto a la soledad en el ámbito doméstico con *La vida secreta de los gatos* (2020), libro donde la poeta despliega creaciones líricas alrededor del felino animal.

Además de estos libros íntegros, se recogen la *plaquette El excitado puñal del Oriente Express* (2013) y los fragmentos de la novela *Clavícula* considerados poemas por la autora bajo el título *Esquirlas de una clavícula* (2018). Bajo el título *Ruinas homenaje perfectamente modernas* (cerrado acaso en 2021) se recopila poemas difundidos en volúmenes colectivos, catálogos artísticos o recitales poéticos, poesía «de circunstancias», en definitiva, de actos colectivos donde se reivindica lo público, testimonio de un sujeto muy consciente de que —citando la máxima de Kate Millet— «lo personal es político» y también viceversa.

Y, por último, encontramos una obra inédita titulada *Monjitas* (2022), aunque algunos de sus textos se han ido difundiendo en diversas publicaciones como, por ejemplo, «Variaciones Sor Juana» que apareció en el número 2 de esta revista *Estación Poesía* (2014), bajo el título «Oír en la boca de un ciego». Destaca aquí el componente erótico de un modo más intenso por el espacio conventual y la tradición mística a la que se parodia, pero no es lo que la define. Se trata de una obra donde la poeta ha desplegado y concentrado todo su bagaje lírico anterior de la mejor manera y donde se evidencia de un modo sublime la literatura más lírica de Marta Sanz.

Apuntes sobre la poesía de Antonio Lucas

PAULO CAFFO

Antonio Lucas
Los desnudos
Visor, 2020 (XXII Premio de Poesía generación del 27).

Antonio Lucas es un poeta español que irrumpió el mundo de la poesía con el poemario *Antes del mundo*, accésit del Premio Adonáis de Poesía en 1995. Tenía apenas veinte años e inauguraba su territorio poético con ímpetu surrealista y actitud desafiante frente a las imágenes y la palabra. Tomó distancia de todo aquello que se iba escribiendo cuando él empezaba: «Que el tiempo nos encuentre destrozados, / desnudos frente a un mar de puro signo, sangrando como un cascabel maligno / de rabia y de cristal» (*Fuera de sitio*, p. 71).

Todos los títulos de los libros de poesía de Antonio Lucas (Madrid, 1975) incomodan, sacuden, emocionan, asombran: *Antes del mundo*, *Lucernario*, *Las máscaras*, *Los mundos contrarios*, *Los desengaños*, *Fuera de sitio* (antología), *Los desnudos*.

Desde *Antes del mundo* (1996) hasta *Los desnudos* (2020), su caudal poético ha ido trasladándose y ampliándose desde el *tú* hacia el *nosotros*, desde lo oscuro y enigmático de las palabras hacia el sedimento luminoso y maduro del lenguaje, la intuición y el asombro vital, donde «La vida se concreta mejor en lo pequeño. / Para vivir no es conveniente dar rodeos / ni buscarle a las preguntas su respuesta en la respuesta. / A veces es mejor confiar en quien no sabe / y aprender de sus cautelas» (*Los desnudos*, p. 78). La apertura a la concreción de la vida en esta bella y contundente salmodia, versos del poema «Tregua», finaliza el poemario sin rodeos y con el aprendizaje de la cautela de la escritura de un hombre que escribe sin prisa, en silencio, y sentencia aquello que decía Pedro Salinas: «Tarda noches la noche en ser auroras, / la luz se hace despacio», la mejor poesía se hace despacio, habita en lo pequeño, a la luz de esa lucidez lo entendieron Mallarmé, Blanca Varela y Jaime Gil de Biedma. Así lo entiende ahora Lucas.

¿Quiénes son los desnudos?, o quizá mejor, ¿quiénes somos los desnudos, los desconvocados, los sin templo, los ajenos? Lucas anticipa y anuncia con un sentido de clarividencia e intuición reflexiva: «Nosotros, los desnudos, / los del borde de una fe que ya no abriga. / Nosotros, en nuestro nombre, / en medio de la tempestad, y el esplendor, y la espesura. / Los desconvocados, / los sin templo, / los ajenos. / Nosotros a favor de no aceptarlo todo. / Nosotros lentamente envejecidos de nosotros / ganaremos el mar». ¿Y cuándo nos sentimos desnudos? ¿Con qué ojos estamos observando el mundo?, nos parece interpelar el poeta. ¿Frente a qué obsesiones o miedos nos sentimos desnudos? ¿A qué no le decimos no, en la duda o certeza o extravío? A pesar de la precariedad que vamos abonando a este mundo, queda la esperanza: ese nosotros que nos hará ganar el mar como última libertad del hombre.

Si en *Los desengaños* (2014, Premio Loewe) Lucas era un poeta ante una crisis colectiva, ante un mundo contrariado y desarmado, si el poeta era el desengaño de sus desengaños ante la sociedad y ante el amor íntimo y su quiebra sentimental («Un pálido animal hecho en silencio / que sólo del andar fue triste escombro» o «escupir a esa patria que se prestigia en el daño» o «Como si me gustara el país que habito, su devastada política / de hachas, su semblanza de fusil» o «Ya la vida suena como un tesoro herido / Vivir siempre en la luz, me sugerías»), en *Los desnudos* el poeta viene con una querencia lenta pero vital, nostálgica pero luminosa, la ilusión de la mudanza hacia una nueva casa: «La casa nueva, / su promesa de libro aún no escrito. / Ya sabes que una casa parece un corazón que crece lento» (p. 13). Ahora el poeta suma experiencias nuevas y silencios como lanzas sucesivas de su «Autorretrato»: «Ya solo espero aquello que seré mientras espero / lleno de música y tiempo, / lento de oficio y querencias, / quieto de mar y regresos» (p. 16).

La memoria es un tejido de solidaridad hacia los otros desnudos, un lenguaje afín a sus sentidos como en «Je me souviens (Georges Perec)»: «Recordar consiste en no agrietarse. /

Recordar es huir del cuerpo / y lo de afuera hacerlo casa» (p. 17). Y continúa en el poema «Inscripción»: «Eres la memoria de aquellos que has querido» (p. 29). Aquí la incertidumbre tiene mayor prestigio que la «Certeza»: «A veces conviene no arraigar plenamente, / descuidar dónde estás» (p. 20). No es novedad la vigencia del ritmo y la musicalidad a lo largo de todo el poemario, pues, estamos ante un poeta que domina con destreza el lenguaje y sus recursos poéticos y sensoriales. «Ser poeta hasta el punto de dejar de serlo» apuntaba César Vallejo, y acaso no se cumple eso en Lucas.

Los poemas de amor y amistad son dos pasiones que también se amurallan y se aquilatan en *Los desnudos*. Como preludio, leemos "A Lara, *on comença la vida*", dedicatoria a su amada, su faro de costa.

No hay poeta que no le haya cantado al amor, desengañado o ilusionado. Y somos testigos en el poema «Lara»: «Te hizo fuerte nacer en un país tan frágil. / Desaprender es resistir. / Y amar siempre reclama un uso nuevo. / Así avanzamos incansables, buscando tierra pura. / Esa casa sin retorno que es tu nombre» (p. 37), y en «Juntos»: «El amor vive al fondo de las cosas. / Y dura lo que dura la quietud» (p. 40), y en «Oración»: «Quien te ama te inventa, sin saber que lo hace» (p. 46) o con más urgencia en «Amor»: «Nosotros que al amarnos fingimos algo eterno» (p. 50), ese breve instante es posible cuando el amor es genuino, cuando la convicción de saberse amado supera las heridas y tienen el territorio apasionado de lo fugaz porque *amar siempre es quedarse y un cierto vandalismo de promesas.* El otro voltaje de hermandad son los compañeros de viaje, esa eléctrica zona que nos sostiene y nos arropa en la vida, los amigos: «La amistad se proclama sin palabras. / En la amistad está todo cuanto quieres / para no caer un poco más» (p. 63-64).

«A través de la poesía entiendo mejor el mundo… Lo concreto es lo que emociona», afirma con afabilidad la voz de la poeta peruana Rossella Di Paolo, y esa emoción y esa mirada de asombro toma forma concreta en «El gato»: «Su condición de sombra de sí mismo / te alumbra si lo miras, te impone su secreto. / Aprende suavemente de su afinada sospecha, / de la gran velocidad que es moverse despacio. / El gato y tú. El gato solo. / Y si ahora parpadea, inventa un cielo en ese gesto» (p. 70). Esa condición de animal, esa afinada sospecha que es mirar y estar atento a lo que rodea al poeta, a lo que nos rodea justo al borde de la vida. Y en el poema «Faro (Cabo de San Vicente)»: «Los faros se leen, la luz es un código. / Y nos está esperando / donde se iguala todo amor a todo origen, / justo al borde de la vida, cuando las rocas hieren» (p. 72).

El rastro poético de Lucas, la estela de su escritura, es el sedimento y la suma de la poesía de otros grandes poetas, la búsqueda de sus lecturas y reescrituras. Ahí la vigencia y osadía *insólita en nuestro tiempo* y el rigor *inédito de todos los tiempos*, ahí el germen de la autenticidad y vitalidad en su poesía. Esa psicofonía se funda en *Antes del mundo* con el poema «Baudelaire»: «Llegará hasta nosotros con su locura de aspas / y caracolas abiertas / tijeras y abrazos»; y se evidencia también en el poema «César Vallejo» de *Los mundos contrarios* (2009): «No hay sílaba de indio más quebrada. / Ignora el pájaro tu pecho forjado en la ternura. / Quisiera para tu gloria la ciencia prieta de una rosa»; y en el poema «Rilke» de *Los desengaños*: «Yo quise escribir con el ansia del que llega a existir demasiado / tarde. Escribir por no lastimarme. / Por ser transparente. / Yo, Rainer María Rilke, mitad miseria, mitad maravilla. No saber vivir más allá de mí mismo: ésa fue mi conquista», ese bello resonar como homenaje es el estilo que le ha impuesto la poesía a un poeta como Antonio Lucas, y abre nuevas puertas en *Los desnudos,* donde su poesía es un diálogo con más sentido de posibilidad que de pérdida, con poemas tan grandiosos como «Federico García Lorca»: «Dónde viven los poetas una vez asesinados, en qué espejo / sediento, en qué brasa de olvido, en qué morgue de sol. / En tu crimen descubrimos la horma de la historia. / Por eso abrazo tu manera de estar solo y tu condena» (p. 25).Y cuando le escribe con un delirio lúcido e irrepetible a «Leopoldo María Panero»: «La locura no es una servidumbre. / La locura tiene más prestigio que la vida, y más profetas, y eso duele. Condenado desde siempre a violentas / primaveras. Cómo suena un sueño

tuyo. Cómo se devora / en ti la noche. Qué rosa atroz asoma debajo de tu sangre» (p. 30). Esa liberación y exaltación de la locura como denuncia ante una sociedad que quiere saberse ajeno, estos versos le reclaman su lugar y su eco.

Antonio Lucas es un poeta que desafía el lenguaje, las emociones y el pensamiento. En cada poemario hay un salto de madurez, un sentido de comunidad y el sedimento de sabiduría frente a la vida que abraza, alumbra y desconcierta. «Escribo porque leo», sonreía al decir estas palabras el poeta granadino Antonio Carvajal, y está en Lucas ese testamento en su escritura y en su sonrisa de hombre.

Los desnudos nos invita a vivir una vida más allá de la vida, y su poesía seguirá siendo uno de los modos de rebeldía, de no aceptar lo irremediable. El poeta Lucas resume su vida con este decálogo: *el periodismo es mi pasión y la poesía es mi veneno.* Estamos ante un poeta como Quevedo, Dickinson, Rosalía de Castro o Lautréamont *inédito en nuestro tiempo e insólito de todos los tiempos*.

Lucas es poeta hasta cuando habla. Tiene el oficio del periodismo desde los 20 años, escribe en *El Mundo*, y en setiembre de 2021 se estrenó como novelista con *Buena mar*.

El filósofo alemán Peter Sloterdijk escribe que «la poesía no la pensamos, nos visita», no dudo que la poesía seguirá visitando y desafiando a Antonio Lucas con ojos fieros ante el mundo.

Raíz primera

MANUELA ÁGUEDA GARCÍA GARRIDO

Manuel José de Lara
Libro de Familia
Los Papeles del Sitio, 2022.

Se preguntaba Cicerón, en el discurso que pronunció para reclamar los bienes que le fueron confiscados durante su exilio, si hay algo más sagrado que la morada de un hombre, pues "allí está el altar, allí brilla el fuego sagrado, allí las cosas sagradas y la religión". Y no exageraba el orador romano, si tenemos en cuenta que ese lugar que nos protege de una desolación sin cimientos también alberga a la familia, raíz primera de aquella sacralidad que envuelve al hogar. Se dice que la familia nos transmite valores que conservamos como reliquias en una hornacina de cristal fino, por poco que apreciemos aquel legado. De la familia, heredamos la sangre, los derechos y las obligaciones; también los recuerdos.

Esta última parece ser la herencia sagrada que nos muestra el poemario *Libro de familia* (2022), trabajo literario de Manuel José de Lara Ródenas, profesor titular de Historia Moderna en la Universidad de Huelva y miembro de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Concebido como un ejercicio devoto y sincero de recuperación de la memoria familiar, el poemario corona una larga carrera literaria jalonada de numerosos galardones. Entre ellos, destacan el Premio Nacional de Poesía Salvador Rueda, con el poemario *Restos de colección* (2020), y el Premio Internacional de Poesía Ciudad de Pamplona, con *Retrato apócrifo* (2022).

El presente trabajo, editado con esmero en Los Papeles del Sitio, nace, según aclara su propio autor en los preliminares, "sin más pretensión que la de ofrecer unos versos a la familia en la que nací". Son "poemas sencillos", "poemas para el recuerdo" en los que se plasma "lo mejor de mí mismo". En este sentido, no puede sorprendernos que sea la poesía, caudal sanguíneo de la literatura, la que haya llevado a los miembros de una familia a los altares la memoria, explorando la conexión enigmática que existe entre el hombre y su progenie. El resultado son 41 poemas que huyen de demostraciones superfluas del lenguaje, reduciendo el natural instinto del poeta a las leyes del recogimiento y la templanza.

Cada verso es un extraordinario intento por retener el instante perecedero y hacerlo suyo para luego ofrecerlo al lector en un acto de generosa epifanía, como si todo aquello que está llamado a desprenderse del tapial del tiempo volviera a nacer en una estación nueva: "Todo estaba/ en su sitio, esperando/ […] Se oían los vencejos/ de un distinto verano" (p. 31) o "Del

jazmín me llegan/ viejos olores que prolonga el aire" (p. 39). Hay versos de esa poderosa —por no decir difícil— simplicidad que solo emana de la pluma de un puñado de poetas capaces de una comunicación exacta y lenta con la brusquedad del mundo. El resultado es palpable en poemas como *Instante*: "Todo es exacto./ Nada compromete/ la desnuda quietud" (p. 40), o *Entropía*: "Y el mundo vuelve/ —obstinado, tenaz, incomprensivo—/ a su vieja rutina de ordenarse/ y, al fin, desordenarse" (p. 41). Es en esa Huelva hoy inexistente, ciudad de "tiempo sereno y claro" (p. 26), donde todo parece reclamar su liturgia, mientras la transfiguración de las cosas observadas preludia "el misterio de la callada y mágica poesía" (p. 23).

Completa la edición un total de tres imágenes en blanco y negro en las que aparecen algunos de los familiares citados en la obra, además de una reproducción de la portada del libro de familia que expidió el Ministerio de Justicia a D. José Manuel de Lara Carrasco, padre del autor. En esta última imagen, usando de la complicidad tipográfica, se han introducido los datos de la impresión del poemario: talleres de Ulzama, Pamplona, 2022. En la contraportada, a modo de sello final, se hace referencia a un piano fabricado por Antoine Bord, cuyo modelo fue expuesto en la exposición universal de París en 1878. En *Hors de concours, 1878* (p. 19) se alude claramente a este instrumento musical que habitaba en el hogar como otro miembro más de la familia. Aquí el poema se convierte en la lisa funda del piano, realizando con él un juego de melodioso acoplamiento que nos trae reminiscencias de aquel famoso poema de Verlaine: "Le piano que baise une main frêle" (1902).

En la obra, abunda tanto la versificación regular (décimas, decimillas, romances, sonetos…) como el verso suelto, generando una impresión de renovado clasicismo que contrasta y rivaliza dignamente con las tendencias de la novísima poesía actual, abanderada por una buena hornada de poetas *millenials* que tantas veces se han dejado llevar por la esterilidad extrapoética y la emoción experimental. Manuel José de Lara escala en el menudo recuerdo; indaga en él sin manierismos ni desbordamientos, sin interponerse entre la memoria y el poema, sino dibujando una línea de demarcación que separa lo que atañe a la poesía de la frágil cotidianidad. Son sus señas de identidad. Cada palabra se ajusta a la luz que refracta la prematura intuición de un niño-hombre sobre un espacio de plenitud identitaria: la azotea, la esquina de Baltasar, la plaza de San Pedro, la escuela, la cuesta del Conquero (¡cómo no pensar aquí en *Un muchacho andaluz* de Cernuda!), el zaguán, el patio "con una dama de noche perfumando"... Como resultado, asistimos a una tentativa de autorretrato literario para el que se utilizan pautas de contemplación y desnudez que nos introducen en la problemática del distanciamiento, cuestionando así el lugar que ocupa el propio autor en la débil rama del recuerdo. He aquí algunos ejemplos: ""Y acudo lentamente a su llamada, /

dejando unos momentos la mirada / en una quieta y gris salamanquesa" (p. 13); "y ese niño tristón que estudiaba a tu lado / se perdió por el cauce funeral de los días" (p. 16); "me quedaba callado, pensativo, mirando /

cómo la tarde hacía su gris descendimiento" (p. 27).

La distancia entre el poeta y la memoria, o entre el poeta y la poesía, no hace más que acentuar la proximidad del hombre a su infancia, descrita con incontestable talento como la fuente de toda inspiración: "El viento de las cosas/ todo se lo ha llevado" (p. 32); "ese momento solo, irrepetible/ que nunca más regresará a mi vida" (p.40); "¡vieja infancia perdida,/ siempre viva en su sien!" (p. 44).

La unidad redentora que trasciende la obra se abastece de motivos constantes y de ofrendas sigilosas de la vida. Tras una primera lectura, resulta flagrante la huella de otras obras en las que la infancia se convierte en la razón primera de una acción poética. Quizá la más obvia sea la de *Recuerdo infantil*, de Antonio Machado o la de otro de sus poemas menos conocido: "Algunos lienzos del recuerdo tienen/ luz de jardín y soledad de campo;/ la placidez del sueño/ en el paisaje familiar soñado". También se vislumbra la impronta juanramoniana en *Madre*, ejemplo de admirable candidez que nos recuerda al poema del nobel *Estoy triste y mis ojos no lloran*: "Soñaré con mi infancia: es la hora/ de los niños dormidos; mi

madre/ me mecía en su tibio regazo,/ al amor de sus ojos radiantes". El anhelo del tiempo memorable como trascendental propósito de la infancia remite igualmente a la elegía que Ángel Valente dedica a aquellos años: "Lo demás fueron afueras/ de tantos mundos caídos". También atraviesan las páginas vetas de la *Niñez* de Gamoneda, o algún brillo acertado de *El otoño de las rosas,* donde el inmenso Francisco Brines declara: "Yo sé que olí un jazmín/ en la infancia una tarde,/ y no existió la tarde". La lista de referencias literarias podría ser muy larga e inútilmente llenaríamos estas páginas de voces ajenas.

En definitiva, la obra que aquí reseñamos es digna deudora de una tradición lírica que hunde sus raíces en el mensaje manriqueño para florecer en páramos donde la memoria familiar adquiere fuerza totémica. Y no es precisamente la elegía de la paternidad perdida lo que acerque este poemario al santuario de los clásicos, sino la impugnable sobriedad con la que se describen el origen, el camino y la meta de lo puramente inevitable. A la lectura de *Libro de familia,* presentimos que el autor explora nuevas formas de una *vita beata* en la salvación de las cosas quietas, en la existencia de un mundo inanimado que se quiere eterno porque todo en él permanece intacto en la memoria.

Rescate de la otra sentimentalidad

PABLO CARRIEDO CASTRO

Javier Egea, Álvaro Salvador, Luis García Montero
Pról. de Félix Martín Gijón
La otra sentimentalidad (Antología)
El Envés. Editoras, 2023.

Con motivo del 40º aniversario del movimiento *La otra sentimentalidad*, la editorial El Envés de Granada ha tenido la audacia y el acierto de reeditar en el catálogo de su ya muy brillante Colección Inanna de poesía, la antología de referencia del que quizá haya sido el grupo de poetas españoles más decisivo del último cuarto del siglo XX. Editada originariamente en 1983 en la colección Pliegos de Barataria de la editorial Don Quijote que dirigía en Granada el profesor Antonio Sánchez Trigueros, se recogieron ahí entonces los *documentos* —textos teóricos, a veces también llamados *manifiestos* entre la crítica literaria— aparecidos en las páginas de la prensa ese mismo año: los titulados "La otra sentimentalidad" de Luis García Montero, publicado en el diario *El País* en el mes de enero; también el muy machadiano "De la nueva a la otra sentimentalidad" de Álvaro Salvador, distribuido entre los medios de la *Cadena de Prensa del Estado* en el mes de julio; así como una soberbia "Poética" inédita de Javier Egea (su impactante soneto en alejandrinos, actualización del poema "V" de *Eternidades* de Juan Ramón Jiménez); al fin, junto con una breve selección de textos de la obra previa publicada de los tres poetas "firmantes". Autores en realidad muy diferentes entre sí y, pese a su juventud, ya perfectamente reconocidos en el panorama literario español del tiempo, la importancia y la verdadera significación de la antología, residió en fijar en ellos una poderosísima sintonía ideológica (muy trabajada desde los tiempos de la transición y perfectamente asegurada entre los años 1980 y 1983 con la consolidación del horizonte democrático español como marco) que acertaría en el centro de la diana de la Literatura Española del momento, rompiendo el cerco de su norma establecida. Desde una perspectiva radical tanto en su proyecto teórico como en su *práctica*, con apoyo en las teorías marxistas más avanzadas y en el psicoanálisis, la antología *La otra sentimentalidad* supuso, sin duda, un antes y un después en la Historia de la Literatura Española. Sus debates planteados sobre los conflictos entre el *yo* y el *yo-soy*, las contradicciones entre la *intimidad* y la *historia* (complejas relaciones entre *lo privado* y *lo público*, entre el *sentimiento* y la *razón*), así como su propia proyección en la escritura, no solo consiguieron acabar de una vez con los caducos y muy destartalados debates entre "sociales" y *novísimos* heredados de la dictadura franquista —aquella completa desorientación del "compromiso", el *desencanto*

y las retóricas de cartón-piedra del decadentismo diletante—, sino que además situarían a nuestra lírica en la vanguardia de las expresiones culturales contemporáneas más genuinas de su tiempo y de la propia tradición. Un texto básico (pieza maestra, "lectura obligatoria") en el que se iban a reconocer inmediatamente amplios sectores de los jóvenes poetas españoles —inicio de la "poesía de la experiencia" inminente— y que, en sí mismo, justifica la reedición de esta antología.

El equipo de editoras de El Envés ha sabido leer la oportunidad y la necesidad histórica de este libro ofreciendo un texto próximo y respetuoso con las claves de la antología histórica y, a la vez, innovador y bien actualizado. Sobre otras entregas —hoy clásicas— que restauraron para nosotros su poética (el volumen *La otra sentimentalidad* del profesor Francisco Díaz de Castro para la editorial Vandalia de la Fundación José Manuel Lara de Sevilla en 2003), esta nueva reedición presenta varios aspectos particularmente destacables. En primer lugar, particularmente bien resuelto resulta su diseño, potente y atractivo. En portada, se combina aquella impactante cubierta en color rosa original, ahora con la reproducción sobreimpresionada de los rostros (jovencísimos) de los tres poetas firmantes en un electrizante y llamativo verde turquesa —recordando las icónicas obras seriadas de Andy Warhol, el arte neoyorquino o las piezas de artistas como Julio Juste y Juan Vida—, muy seductoramente acomodada al estilo de su propio tiempo y también a las expresiones más vanguardistas y postmodernas del nuestro mismo. Abriendo ya las primeras páginas, el lector encuentra un formato moderno y accesible, expresamente pensado para el gusto y preferencias del lector de poesía de hoy: un mayor tamaño (ampliado de un 11x16 cm, hasta 16x20 cm, característico de su colección poética), amplitud de márgenes y blanco, limpieza y elegancia verdadera, reproduciendo en facsímil la tipografía y espaciado de los textos originales —lo que es un gran acierto— que nos devuelven a la sabiduría de la edición y al sabor mismo de los textos de los años ochenta. Ya adentrados en su lectura, la nueva reedición de El Envés incorpora como novedad sobresaliente un estudio introductorio a cargo de Félix Martín Gijón, uno de los máximos especialistas actuales en *La otra sentimentalidad* —autor del reciente y muy altamente recomendable ensayo *La intimidad de los espejos* de 2021, distinguido en la ciudad de Oviedo con el "VI Premio de Investigación Literaria Ángel González"—, quien nos aproxima una lectura rigurosa y refrescante de las claves históricas y propiamente literarias que vieron nacer el movimiento en 1983: sus antecedentes, sus proyectos paralelos contemporáneos (revistas, colecciones poéticas), todo su mapa de interconexión histórica, así como una interpretación renovada de su significación misma, muy bien ajustado, además, al vuelo intelectual y reflexivo de los textos de los propios autores. "Pasados cuarenta años, existen razones para volver [concluye el prólogo, recordando los versos del "19 de mayo" de Javier Egea] porque, frente a una norma helada de dominio y miseria, sigue siendo necesario aprender a pactar con la luz y la ceniza, con la inteligencia y la voluntad, con las esperanzas y el convencimiento; recordar que la poesía puede convertirse en un pequeño pueblo en armas contra la soledad, que la ternura puede ser una forma de rebeldía: dos pautas para resistir". Igualmente, respetando la selección histórica de textos de los tres poetas firmantes, otro de los grandes aciertos de esta antología *La otra sentimentalidad*, consiste en haber ampliado la colección también al grupo de amigos "poetas otros" —camaradas, *compañeros de viaje*— de los autores originales, inequívocos protagonistas también de aquel momento histórico decisivo y que, por diferentes razones, no hubo ocasión de incluir en su día en el volumen, aquí restaurados (como ya hiciera Francisco Díaz de Castro) con entera justicia, enriqueciendo y redimensionando el alcance de su propuesta: piezas de nuestro Premio Nacional de Poesía Ángeles Mora, piezas de la gran Teresa Gómez —quien ha publicado hace poco y felicísimamente su libro clave *Plaza de abastos*—, también textos del veterano poeta y crítico literario Antonio Jiménez Millán, los del madrileño y audaz Benjamín Prado y de Inmaculada Mengíbar. Finalmente, haciendo honor y proyectando otra de las más intensas preferencias de todos los poetas de *La otra sentimentalidad* en el tiempo, la antología viene acompañada con

varias versiones musicadas de sus poemas, deliciosamente cantados por los artistas Rafa Mora y Moncho Otero, reconocidos y verdaderos especialistas en el —difícil— arte de musicar la literatura, todas accesibles en la página web de la editorial y que endulzan definitivamente esta publicación.

Reedición inequívocamente histórica, en todos sus sentidos, El Envés. Editoras ha tomado, con valentía y con gran acierto, el relevo de la antología originaria (ya difícil de encontrar), recogiendo su testigo y poniendo a nuestro alcance, en las mejores condiciones, una versión moderna y actualizada, rigurosa y muy completa de *La otra sentimentalidad*, destinada a convertirse en la nueva referencia editorial para lectores, especialistas y jóvenes escritores y poetas. Todos aquellos que se tomen en serio la poesía (y a sí mismos), los que se tomen en serio la historia de nuestros sentimientos y las ideologías de nuestra intimidad —las relaciones sociales y familiares cotidianas que día a día nos construyen, las que nos hacen y deshacen "como un tapiz, a cada instante tejido y destejido"—, encontrarán nuevamente en esta edición una magnífica oportunidad para reconciliarse con la calidad de la escritura, con la intensidad y el poder de nuestras emociones; el diálogo más productivo con aquella interpretación sabia, cabal y mordiente, vibrante y tierna de la vida (tan necesaria en nuestros días), cuarenta años desde entonces —y ahora, todavía— salvaje y siempre sentimentalmente perseguida.

Efectos de la muerte

DANIEL GARCÍA FLORINDO

Félix Moyano
La deuda prometida
Rialp, 2022.

La última entrega del joven poeta cordobés Félix Moyano, *La deuda prometida*, le supuso el Accésit del Premio «Adonáis» 2021. Con este libro el autor canaliza y filtra un estado emocional contenido ante la herida abismal de la muerte. Se plantea, en definitiva, una serie de efectos ante esa deuda prometida, esa mordedura de la muerte a la cual el poeta se enfrenta modulando sus distintos efectos en cada poema. Un contundente existencialismo, pues, se manifiesta ya desde el propio título, un título que juega con la expresión *Lo prometido es deuda*, propia del lenguaje común o coloquial, y con el sintagma *La tierra prometida*, que confiere cierta gravedad bíblica y trascendente. Este procedimiento de mezclar la aparente sencillez de un lenguaje coloquial con un lenguaje más solemne será una tónica en todo el poemario para conseguir así un efecto de extrañamiento muy interesante que junto a otros rasgos estilísticos confiere a este libro una fuerte personalidad. Con este primer rasgo de combinar frases hechas o juegos de palabras se aprecia ya una herencia propia de ciertos poetas del cincuenta como Ángel González (por ejemplo, en el poema «Memoría») o también Claudio Rodríguez, del que encontramos una evidente intertextualidad en el poema «Alianza y condena», además de la cita con la que se abre la primera parte («Comienzo a comprobar que nuestro reino tampoco es de este mundo»). También de este último encontramos la predilección por una factura y un ritmo basado fundamentalmente en el endecasílab. No obstante, el valor de estos rasgos se acentúan en esa mezcla basada en el contraste de una aparente sencillez formal y un fondo, como hemos comentado ya, que podemos calificar como abismal. Hay una tensión entre un lenguaje cercano y cotidiano que nos acerca a una realidad personal (o pretexto anecdótico) y un lenguaje profético o apocalíptico (fondo trascendental) cohesionado por ciertas figuras retóricas como el hipérbaton, un ritmo muy efectista y un uso magistral del encabalgamiento o la elipsis. De hecho, las dos citas iniciales representan estos polos formales que convergen en el mismo fondo: la cita del Deuteronomio y la de Amalia Bautista, respectivamente.

La estructura del libro sustenta la coherencia estética de solemnidad sagrada y juego referencial mediante los membretes: «Libro primero: de todo lo visible» y «Libro segundo: y lo invisible» ensamblando así las dos mitades

compuestas cada una por diecinueve artefactos que podrán explosionar en cualquier lector capaz de reconocer esas mordeduras mortales.

El nivel más superficial del lenguaje es también el más llamativo y el que mejor se ancla a nuestro tiempo mediante neologismos como los anglicismos *Just eat, kickboxing* o *Black Friday* que conllevan en sí mismos la posibilidad de al menos duplicar sus sentidos. Igualmente, podemos mencionar neologismos propios de la tecnología digital o de la comunicación (*megabites, unexpected error, Skype, Netflix*). El poeta incorpora así en su discurso un elemento representativo de la realidad que nos acerca a otras poéticas más actuales como la del también cordobés Pablo García Casado (recordemos, por ejemplo, su poema «Dixán», de *Las afueras*). También de este poeta percibimos cierta influencia en la construcción y facturación de los poemas como podemos apreciar en el magnífico «Sintéticos 40º», con el que se inicia este magnífico libro, un libro eminentemente representativo de una nueva generación que, sin duda, tanto promete.

Agua de Sevilla

JOSÉ MARÍA JURADO

Víctor Jiménez
El agua entre las piedras
Valparaíso, 2023.

Como un niño grande de Murillo extraviado entre los invisibles andenes del barrio de San Bernardo, poblados de espectros y melancolía, siempre buscando a Dios entre la niebla, lo mismo que Antonio Machado, pero con la pícara sonrisa de Manuel, cuya guitarra por soleares hace sonar con hondura metafísica. Con el espíritu puro de un seise becqueriano, elegíaco y juguetón, pero claro y profundo, Víctor Jiménez es hoy una de las encarnaciones del espíritu lírico que habita Sevilla y posee a sus habitantes.

Cuando JRJ definía a Sevilla como "capital lírica de España", cuando Romero Murube, a la hora del mediodía, invocaba a las musas, los duendes y los ángeles, rectores dulces y abismos claros de Andalucía, cuando Herrera herraba sus sonetos y Rioja regaba sus rosas y claveles en un tiesto de Triana, cuando Arguijo reunía a su tertulia o Rodrigo Caro o Medrano se perdían en las mieses de Itálica, cuando Almotamid encendía al alcázar de Itimad, cuando Alfonso X el Sabio hacía temblar sus cantigas a la dorada virgen del Refugio junto a la calle Campamento, cuando el aire meneaba los álamos de la Barqueta y Bécquer apuntaba en su cuaderno la claridad de aquellos ojos entrevistos en la Calle Santa Clara, señalaban ese no se qué queda siempre balbuciendo en esta esquina tartésica del mundo que engendra abundancia de poetas sobre su cornucopia.

Igual que basta una reja y una gitanilla, un tejaroz con jaramagos, una espadaña, un cielo, una luna, una palmera, bastan unos versos de Víctor para saber dónde se ubica su espacio lírico: estamos en Sevilla y para dar cuenta de su poesía brota el agua del Betis entre las piedras… Estamos en Sevilla y de ahí se devenga todo lo que sus lectores han encontrado siempre en su obra, la claridad, la gracia, la perfección formal, la chispa. No es como poeta andaluz un gongorino granadí ni un senequista cordobés, Víctor Jiménez pertenece a la estirpe de Bécquer.

El poeta Juan Lamillar fija y da esplendor a esta antología publicada por Valparaíso que se lee como se bebe el agua entre las piedras de un arroyo. En su perfecto prólogo, inmejorable y precisa visitación de la obra de Víctor Jiménez, construye una metáfora de la obra poética de Víctor sobre lo firme de la piedra y lo pródigo del río. La selección de Juan Lamillar nos ofrece un encuentro memorable sobre todas las pulsiones de la poesía "victoriana": el amor como motor de la vida, la melancolía como motor del sentimiento, la forma como motor del verso y al fondo, siempre, la emoción. La poesía, procede recordarlo, no es solo emoción –hay muchas habitaciones en sus palacios–, pero no existe sin ella. Y esa emoción profunda y serena es una de las marcas profundas de la poesía de Víctor Jiménez, la que lo hace inmune al olvido. Sus mejores poemas pasarán y será patrimonio del pueblo porque han nacido de

él y a él han de volver en un ciclo sin fin. A ello contribuye una dicción clásica y serena que brilla en las portadas barrocas de sus sonetos, concluidos siempre sentenciosamente: "Ahora que la noche no me tienta, / cuando la vida apenas me enamora, / algo me dice que llegó la hora / de hacer balance y de rendirle cuenta".

Y como la rendición de cuentas de una obra aún no completa, pero sí total, debemos beber esta agua entre los guijarros de la vida, hecha de la luz del mediodía, pero también de dolor, como en los desgarradores versos dedicados a la madre que es ya una niña perdida: "Desvalida y desnuda / en su mundo de niebla / en las calles del tiempo".

Esas calles por donde pasan "los trenes misteriosos, de este puente sin tiempo y sin memoria cuando cierre mis ojos el olvido".

Centro de Iniciativas Culturales
de la Universidad de Sevilla (CICUS)

Director general de Cultura y Patrimonio
Luis Méndez Rodríguez

ESTACIÓN POESÍA

Dirección
Antonio Rivero Taravillo

Comité asesor
Jesús Aguado, Enrique Baltanás,
Rosa Beltrán Palomino, Juan Bonilla,
Jacobo Cortines, Luis Alberto de Cuenca,
Ana Gorría, Ioana Gruia y Aurora Luque

Diseño
F. Javier Martínez Navarro

Maquetación e impresión
Imprenta Sand

ISSN **2341-2224**
DL **SE 618-2014**

Contacto
estacionpoesia@us.es
C/ Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla

La revista agradece el envío de material no solicitado para su consideración, pero no se compromete a mantener correspondencia sobre el mismo.

Todas las colaboraciones de este número son inéditas en el momento de su publicación en *Estación Poesía*.

© 2024 Editorial Universidad de Sevilla
© De los textos, sus autores